



CÉSAR JOPIA QUIÑONES

Fotógrafo de naturaleza e ilustrador científico, Director Revista BIOMA

“Dibujar es descubrir”

Fotógrafo de profesión e ilustrador por naturaleza, desde muy pequeño he hecho de las artes una pasión que nunca se despegó de las manos ni de la imaginación.

Estudié diseño profesional en la ciudad colonial de La Serena, carrera que sólo reafirmo cual sería el camino a seguir, la fotografía de naturaleza permitió más tarde combinar dos escenarios distintos en su técnica pero iguales en su objetivo.

En el arte encontré una puerta de salida a los pensamientos que nos invaden a todos a diario.

Y gracias a eso pude vislumbrar a su vez, un universo que muchas veces se esconde justo frente a nuestros ojos... que por cierto no es esquivo, sino más bien tímido, sólo hay que aprender a ganarse su confianza.

La fotografía, es ver el mundo y su tiempo e intentar detenerlo para siempre, dibujar es ver el tiempo y traerlo al mundo.



Colección:

Educación para la conservación
CONTANDO HISTORIAS



CORPORACIÓN NACIONAL FORESTAL
Gerencia de Áreas Silvestres Protegidas
Departamento de Conservación de la Diversidad Biológica

www.conaf.cl



Desde la óptica de un Guardaparque

UNA MIRADA A LA VIDA SILVESTRE EN CHILE

Colección:
Educación para la conservación
CONTANDO HISTORIAS



MARIO ARNOLDO ORTÍZ LAFFERTE

Técnico Agrícola, Guardaparque/CONAF

Se inició como Guardaparque el año 1982 en el PN Bosque Fray Jorge, en donde cumplió funciones como encargado de Interpretación Ambiental.

Posteriormente trabajó en la RN Lago Peñuelas, como encargado del Programa de Educación Ambiental (1990-1995). En 1994, fue comisionado al PN Archipiélago de Juan Fernández.

Entre los años 1997 y 2004, se desempeñó como encargado de Educación Ambiental en la RN Radal Siete Tazas (Hoy Parque Nacional).

El año 2005 fue administrador de la RN Pingüino de Humboldt. Posteriormente el año 2006 se traslada al PN Fray Jorge. A partir del año 2009, cumple funciones como Administrador de la unidad.

El año 2011 asume como Administrador de la RN Las Chinchillas, en donde actualmente se desempeña. A contar del año 2013 es colaborador permanente de la revista electrónica Bioma, en donde mantiene un espacio denominado El Pulso de La Naturaleza. Por otra parte es columnista del diario electrónico Ovalle Hoy.cl, en donde publica regularmente sus vivencias con la naturaleza.



UNA MIRADA A LA VIDA SILVESTRE EN CHILE

Desde la óptica de un guardaparque

Autor:

Mario Ortiz Lafferte

Dibujos:

César Jopia Quiñones



Colección:
Educación para la conservación
CONTANDO HISTORIAS



CORPORACIÓN NACIONAL FORESTAL
Gerencia de Áreas Silvestres Protegidas
Departamento de Conservación de la Diversidad Biológica

Diseño gráfica y diagramación: Rodrigo Cádiz C.
Dibujos: César Jopia Q.

Primera Edición, noviembre 2015
2.000 ejemplares

Impreso en Chile
Impresión: ALVIMPRESS Impresores Ltda.

Índice

El Arte de Nacer
Página 13



Una Estatua Viviente
Página 41



Llanto de Nubes
Página 69



Reina de la Noche
Página 101



Descubriendo el
Mundo
Página 19



Entre Agua y Nieve
Página 47



Pequeño Gigante
Página 75



Un Amigo muy Especial
Página 105



Una Promesa de Vida
Página 25



Una Sombra Misteriosa
Página 53



Trucos de
Sobrevivencia
Página 81



Vocación de Solitario
Página 111



Diminuto Señor
Cordillerano
Página 31



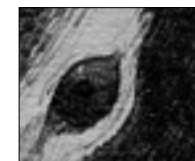
Esquivo y Respetable
Página 57



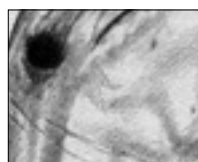
Un Cazador de
Sangre Fría
Página 87



Una Inquietante
Pregunta
Página 117



A Flor de Agua
Página 35



El Arte del Mimetismo
Página 63



Un látigo Mortal
Página 93



El Momento de Morir
Página 123





Presentación

Las áreas silvestres protegidas poseen múltiples propósitos y objetivos, siendo los principales la conservación del patrimonio natural del País, la investigación científica, la educación ambiental y la recreación.

En el cumplimiento de estos objetivos, los y las guardaparques cumplen un rol primordial e irremplazable. Son ellos quienes conviven diariamente con la naturaleza, la observan, la estudian y quienes mejor la conocen. Son también los actores del territorio que juegan el rol más importante en el vínculo del área protegida con su entorno, especialmente con las comunidades que viven en sus zonas aledañas a los Parques Nacionales, Reservas Nacionales y Monumentos Naturales.

En su legado está la sabiduría y el conocimiento del mundo natural, y en su compromiso la tarea de traspasar ese legado a una población nacional cada vez más alejada de la naturaleza y, por medio de ella, a las futuras generaciones.

Este libro es parte de aquel legado de contribución para la valoración y conservación del patrimonio natural y cultural del país, que hoy CONAF pone a disposición de la sociedad, en su rol de responsable de la conservación de la biodiversidad del país.

Fernando Aizman Sevilla

Gerente de Áreas Silvestres Protegidas
Corporación Nacional Forestal



Agradecimientos

Agradezco en primer lugar a mi madre, a mi hermana y a mis hijos, con quienes comparto la primicia de estos relatos y me los aprueban con amor. También doy gracias a mis amigos y compañeros de trabajo por sus comentarios objetivos y su apoyo incondicional. Por otra parte, no puedo dejar de expresar mi agradecimiento a mi querida institución CONAF, que me ha permitido materializar esta obra. Finalmente, expreso mi gratitud y compromiso con la naturaleza que se constituye en una fuente inagotable de inspiración y alegría para mi espíritu.



Prólogo

La labor de los y las Guardaparques es bastante desconocida por el común de las personas y muchas veces solo está asociada a las labores de atención de público que visita las áreas silvestres protegidas; sin embargo, las actividades asociadas a la protección y conservación de las especies de flora y fauna amenazada del país es una actividad habitual, pero muchas veces silenciosa.

El contacto directo por parte de hombres y mujeres que hoy trabajan en la primera línea de la protección y conservación de la naturaleza en las áreas protegidas del país, permite llevar un monitoreo, seguimiento y acciones activas y sistemáticas en el tiempo, además de lograr una comprensión y conocimiento profundo de lo que ocurre en el territorio. Por otra parte su rol de agentes de transmisión de conocimiento y entendimiento con las comunidades locales es clave para lograr el desarrollo sustentable de estos territorios.

Mario, nos presenta y transporta a un mundo mágico, lleno de colores, detalles y situaciones que solo un observador de la naturaleza puede transmitir y relatar. Asimismo, Cesar,

despliega a través de sus bocetos una experiencia con toques de realidad e interpretación fidedigna de la naturaleza, estableciendo así un complemento notable para lograr un mayor involucramiento con cada relato, donde quiera que se encuentre el lector.

Contando historias, permite transmitir las vivencias del mundo natural a una sociedad que está cada vez más aislada de su entorno y de la magia de la evolución de las especies. Este material pretende ser una contribución al conocimiento de la diversidad biológica presente en las Áreas Silvestres Protegidas y a la sensibilización de la población respecto de las amenazas que hoy afectan a las especies de flora y fauna nativa presentes en el territorio nacional.

Moisés Grimberg Pardo

Noviembre de 2015



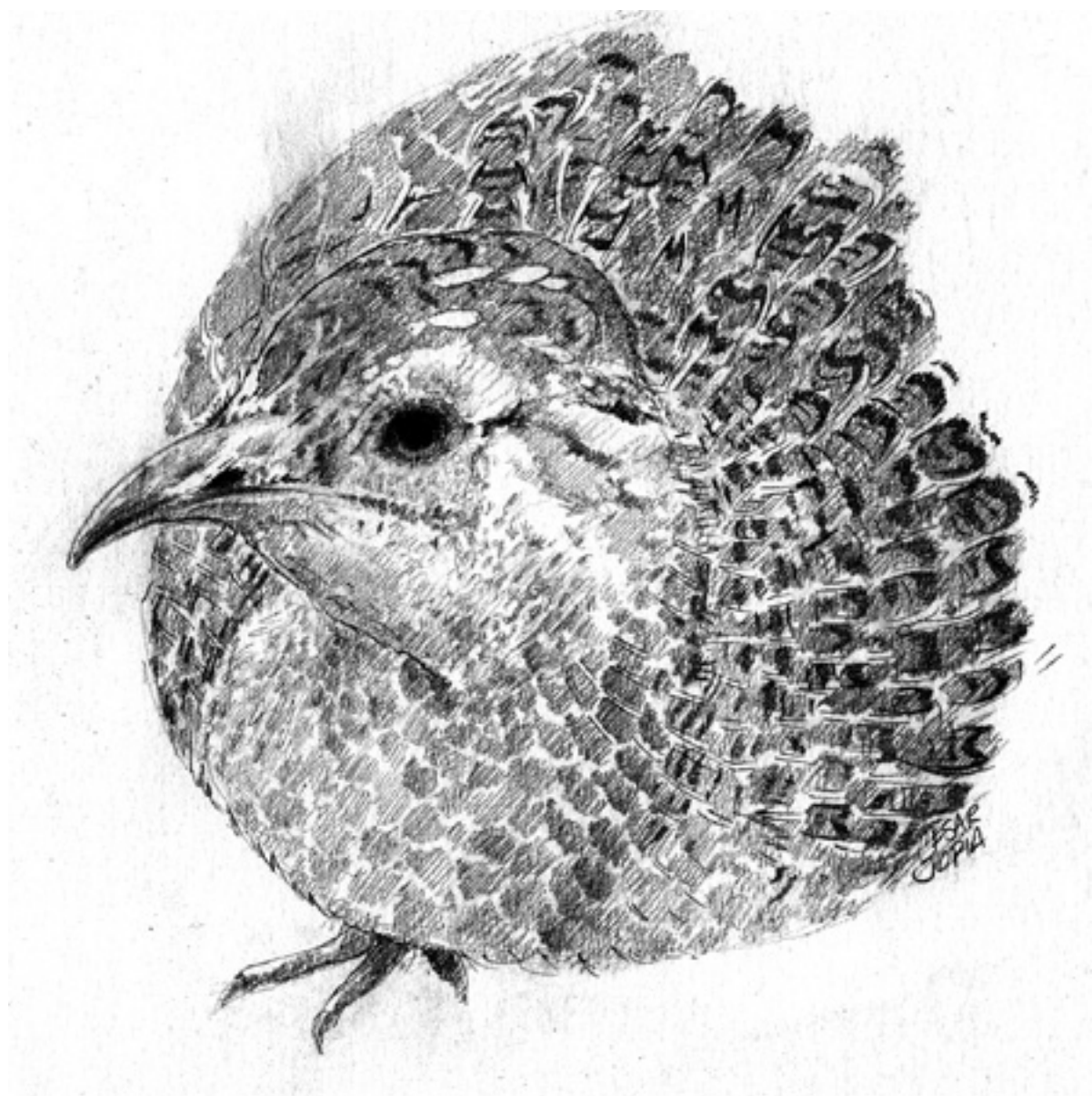
Introducción

El objetivo de esta obra es compartir con los amantes de la lectura y la naturaleza, una selección de veinte relatos sobre acontecimientos de la vida silvestre que he tenido la suerte de experimentar, gracias a que mis circunstancias laborales y personales, Lo anterior, me ha permitido estar en primera fila frente al cautivante y estremecedor telón de la naturaleza.

Además me asiste el convencimiento que a través de estas páginas será posible encantar a aquellas personas que por distintas circunstancias han permanecido indiferentes al inconmensurable valor de nuestro entorno natural.

Mi condición de guardaparque, que más que un trabajo es una forma de vida, me ha convertido a través de los años en un privilegiado espectador de contrastantes sucesos, a veces nunca vistos por el ojo humano, que me han mostrado desde las más dramáticas hasta las más cautivantes escenas. Algunas de ellas, a partir de ahora quedarán plasmadas en estas páginas para el disfrute y el conocimiento de niños y adultos.

Finalmente, diré que a veces me parece que las cosas sorprendentes que veo son fruto del preciosismo insuperable del guionista de una gran película, pero no es así, el entorno natural no es una fantasía, es real, es tangible, es una consecuencia del preciosismo del todo, y está al alcance de nuestra mano, o más bien dicho de nuestra percepción.



El Arte de Nacer

Temporada de nidificación, un gran acontecimiento en la naturaleza, una inmejorable oportunidad para la observación de los entretelones muchas veces insospechados en la reproducción y sobrevivencia de las aves.

Cómo olvidar ese día memorable, en que tuve el privilegio de observar el momento preciso del nacimiento, en un nidal de perdices, ocurrido hace algunos años, al amparo de los sorprendentes parajes del Parque Nacional Bosque Fray Jorge.

En la plenitud de una primavera generosa, pródiga en pastos y flores aromáticas, el ruidoso y repentino vuelo de una perdiz a poca distancia de mis pies, me reveló un secreto celosamente guardado a ras del suelo, entre chamizas, vinagrillos y terciopelos.

El sobresalto que me produjo el sorpresivo y aparatoso vuelo, se calmó al instante frente a un descubrimiento fascinante... ocho huevos de perdiz, de color burdeo brillante, perfectamente ordenados en un discreto nidal, se revelaron ante mi vista como el más preciado tesoro pre estival.

Todavía no terminaba el conteo, cuando me di cuenta que uno de los huevos se movía suavemente, con cierto intervalo de tiempo; inmediatamente descubrí que la cáscara presentaba una fisura delineada por la blancura de la membrana interior, que se dejaba ver a través de la trizadura, contrastando con el intenso color burdeo de la cáscara protectora.

Con asombro observé que un nuevo movimiento del huevo, prolongaba la trizadura del cascarón; en ese emotivo momento, tuve el primer contacto visual con el polluelo o más bien dicho, con una de las herramientas de su arsenal para el nacimiento, el filudo y transparente espolón, o diente córneo del extremo de su pico, con el que rompe la cáscara en el momento de nacer y que pierde por desprendimiento, a los pocos días de vida.

Me quedé observando en silencio, admirando la destreza del polluelo que utilizando este formidable accesorio, dedicaba todas sus energías a romper la barrera que lo separaba del mundo exterior. Lentamente, en movimiento rotatorio, picada tras picada, se acercaba a su punto de inicio, cubriendo todo el perímetro de la cáscara con la promesa de cortarla en dos.

Lo que estaba presenciando era realmente alucinante, el polluelo, a pesar de su limitado espacio y la aparente incomodidad de su posición fetal, había iniciado la primera caminata de su existencia, en ese momento estaba culminando

exitosamente la primera proeza de su vida... un esforzado recorrido por el perímetro interior del huevo.

Esa minúscula criatura que luchaba por nacer, atrapada en esa pequeña cápsula ovalada de calcio, que jamás había visto la luz del día, sabía perfectamente lo que tenía que hacer movida por el sorprendente y misterioso mandato del instinto.

En medio de mi expectación, observé que un segundo huevo comenzaba a moverse, exhibiendo la primera rotura en su cascarón, anunciando que su efímero ocupante emprendía la aventura de nacer siguiendo los pasos del anterior.

Simultáneamente, un nuevo acontecimiento volvió mi atención al primer huevo... con un brusco movimiento el frágil polluelo, había separado por fin la cáscara en dos, presionando desde el interior con sus imberbes extremidades.

Segundos después de tamaña proeza, permanecía tendido entre los demás huevos visiblemente mojado, extenuado y todavía conectado a una parte de la cáscara, por un delgado cordón umbilical que parecía a punto de cortarse.

En el momento en que descubría que un tercer huevo comenzaba a picar, una perdiz adulta macho, apareció en escena acercándose al nido, con postura erguida, pasos sigilosos y en actitud de valentía, como si una impostergable urgencia lo impulsara a desafiar mi presencia.

Entonces decidí alejarme retrocediendo lentamente, para permitirle llegar hasta el nidal a proteger a su indefensa descendencia. Desde una distancia prudente lo observé llegar hasta el borde del nido, con su cuello estirado y las plumas de su cabeza erizadas, sin dejar de mirarme, como si no quisiera perderme de vista.

Desde mi nuevo puesto de observación, lo vi entrar cuidadosamente al nido y echarse sobre los huevos palpitantes, con amorosa vocación protectora. En ese momento sentí un gratificante alivio al saber que ese polluelo recién nacido y esos huevos llenos de vida, superarían con éxito la difícil prueba del nacimiento, al amparo del reconfortante y envolvente calor paternal.





Descubriendo el Mundo

Que buena noticia, traen los vientos que descienden de las cumbres poco accesibles del último feudo de las chinchillas, el regreso de un antiguo residente.

Los reportes son inequívocos, en la cima de las fuertes pendientes, mas allá de los inexpugnables fortines rocosos adornados con chaguales, se proyecta la silueta de un guanaco solitario, que desde hace varios días, deambula por estos parajes, como un símbolo viviente de la supremacía que alguna vez ostentaron sus antepasados en todo este territorio.

La expectación que me provoca esta buena nueva, inevitablemente, me transporta a un episodio que tuve la suerte de observar hace algunos años, en el Parque Nacional Bosque Fray Jorge.

Sector El Mineral, cerca del mediodía. Me encontraba en la pequeña terraza de la casa que yo habitaba, cuando llegó hasta mis oídos lo que parecía ser el ruido opaco del galope de un rebaño que provenía de la parte alta, aumentando su intensidad en la medida que se acercaba, provocando una

leve vibración en el suelo...

En un breve lapso de tiempo, un grupo de guanacos al galope, emergió desde los matorrales, cruzando por delante de la casa, en urgente descenso hacia el lecho de la quebrada. Todavía no salía de mi sorpresa, cuando un poco mas atrás apareció una hembra seguida de una cría, que parecía tener pocos días de vida...

La guanaca, pasó frente a mí como si no se hubiera percatado de mi presencia, siguiendo un itinerario que parecía inalterable; sin embargo, el pequeño volteó la cabeza, mirando con extrema curiosidad hacia donde yo me encontraba...

Mientras me miraba con grandes ojos, ávidos por entender el mundo que se desplegaba ante él, intentó frenar, en una maniobra poco sincronizada, que dejó en evidencia, el todavía escaso dominio que tenía de sus largas y torpes extremidades

Como resultado de su temeraria maniobra, el pequeño lactante, resbaló en la tierra suelta. Haciendo gala de gran plasticidad, sus extremidades se abrieron completamente hasta que su cuerpo se estrelló en el suelo, levantando una cortina de polvo, que casi lo hace desaparecer de mi vista...

A medida que el polvo se disipaba, pude ver que con movimientos temblorosos, intentaba infructuosamente ponerse de pie; en ese momento, su madre llegó en su auxilio.

Con extremada delicadeza, puso su frente debajo del vientre de la conmocionada criatura, levantándola del suelo, con una dedicación maternal que me pareció cautivante.

En todo momento, pese a lo inesperado del incidente, el frágil chulengo no dejó de mirarme. Con la ayuda de su protectora madre se puso de pie, sin dejar de explorarme con sus grandes ojos profundos y parpadeantes.

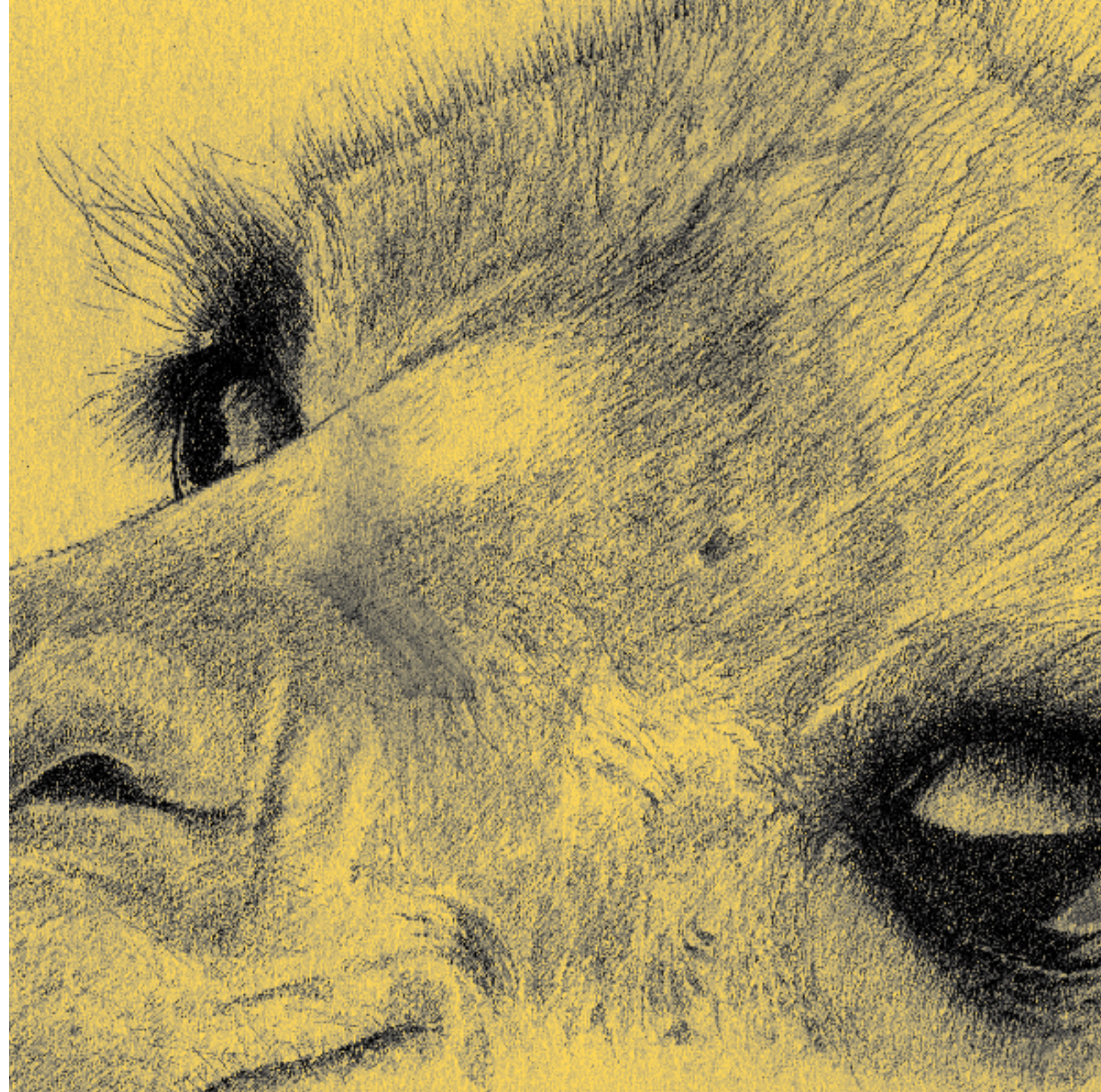
En medio del alboroto pude oír que la guanaca se comunicaba con él, con una mezcla de sonidos y bufidos casi inaudibles, mientras lo conminaba a retomar el viaje, empujándolo suavemente con su nariz y su frente. En ese momento me di cuenta que mas adelante los esperaba un grupo de cuatro guanacos adultos, que se mantenían alertas en la distancia, esperando a los rezagados.

Gradualmente retomó su camino seguido por su enorme madre, que parecía cubrir su retaguardia mientras avanzaban. Sin embargo, a cada paso que daba, volvía su vista hacia atrás, para mirarme con un gesto que revelaba que no podía comprender que diablos había visto.

Mientras se unían al grupo y desaparecían galopando entre los matorrales, no tengo palabras para expresar lo que sentí, pero me quiero centrar en ese momento subyugante, en que la prístina mirada de esta criatura salvaje, se cruzó con la mía; quiero poner énfasis en ese instante mágico, en que nuestras

imágenes se reflejaron recíprocamente en nuestras retinas...

Me pareció que en ese momento trascendente, convergieron dos mundos paralelos, sentí que en el intercambio de nuestras miradas, se entrelazaron sus circunstancias y las mías, en un conmovedor episodio impregnado por la pureza y la inocencia de una criatura, que recién comenzaba a descubrir el mundo.





Una promesa de Vida

Mientras caminaba entre los árboles menudos, que se dignan dar sombra en los calurosos bajos del montañoso hogar de las chinchillas, mis pies casi tropiezan con una llamativa estructura de paja y barro, de formas redondeadas, que parecía haber quedado olvidada en el trayecto por su talentoso artífice.

Sin pensarlo dos veces, desplegué mis brazos y levanté en mis manos esta pequeña obra de arte, para observarla de cerca. Aunque no era la primera vez que observaba un nido de zorzal, una vez más me sorprendí con los detalles de su confección.

Seguramente, los fuertes vientos del día anterior lo habían arrancado de las ramas que lo sustentaban; en todo caso, se veía que no era obra de la última temporada y seguramente sus fugaces ocupantes, ya adultos, hoy integran el coro que en cada amanecer anuncia la llegada del día, haciéndose sentir en cada rincón de estos parajes semiáridos.

Este simpático hallazgo, trajo a mi mente el recuerdo de un

espectáculo que hace algún tiempo, me brindó gratuitamente una pareja de zorzales a pocos metros de la ventana de la oficina de esta Reserva Nacional, cautelada por CONAF.

Recuerdo que me encontraba inmerso en los papeles, cuando por el rabillo del ojo me pareció ver una forma alada, que llegaba hasta las ramas de un árbol cercano a la ventana, una vez allí emitía un sonido parecido al de un suave zapateo y luego se retiraba con la misma rapidez que había llegado. Con esta forma indirecta de observación visual y auditiva, pude captar que esta operación se repetía con cierto intervalo de tiempo.

Intrigado por lo que sucedía, hice un alto en mi quehacer y me dedique a observar a través de la ventana; a partir de ese momento, pude apreciar detalles insospechados de una obra que se levantaba frente a mí, sobre una rama de Molle a sólo dos metros del suelo, la construcción paso a paso de un nido de zorzal.

Con perfecta sincronía, los zorzales llegaban de a uno a la vez, portando su carga de hierbas secas en el pico, rápidamente se instalaban semi echados en la base del nido y una vez que ubicaban la paja en el interior, giraban su cuerpo con gran rapidez, efectuando un zapateo rítmico en el piso del nido, moldeando en el giro los contornos del interior de su obra, con un simultaneo y suave aleteo vibratorio.

Al día siguiente, mi sorpresa fue mayor al constatar que mis vecinos alados, habían pasado a otra fase en la construcción de esta cuna artesanal. A diferencia del día anterior sólo uno de ellos se había hecho cargo de la obra, en esta nueva etapa el macho oficiaba de albañil.

Siempre había visto los nidos de zorzal estucados con barro en su interior, pero nunca había tenido el privilegio de presenciar el momento en que se lleva a cabo este prodigio de albañilería artesanal.

Al principio, me pareció que el zorzal llegaba hasta el nido sin su cargamento habitual de paja y observe que traía el pico muy abierto, como si estuviera agitado. Sin embargo, al mirar con más detalle me di cuenta que transportaba en su garganta, una carga de barro. Lo que observe a continuación me dejo maravillado.

Durante toda esa mañana estuvo acarreando material para su obra, regularmente hacía viajes alternados, primero paja, luego barro y así sucesivamente paja y barro, sin embargo ocasionalmente repetía las dosis de paja o de barro, según la necesidad.

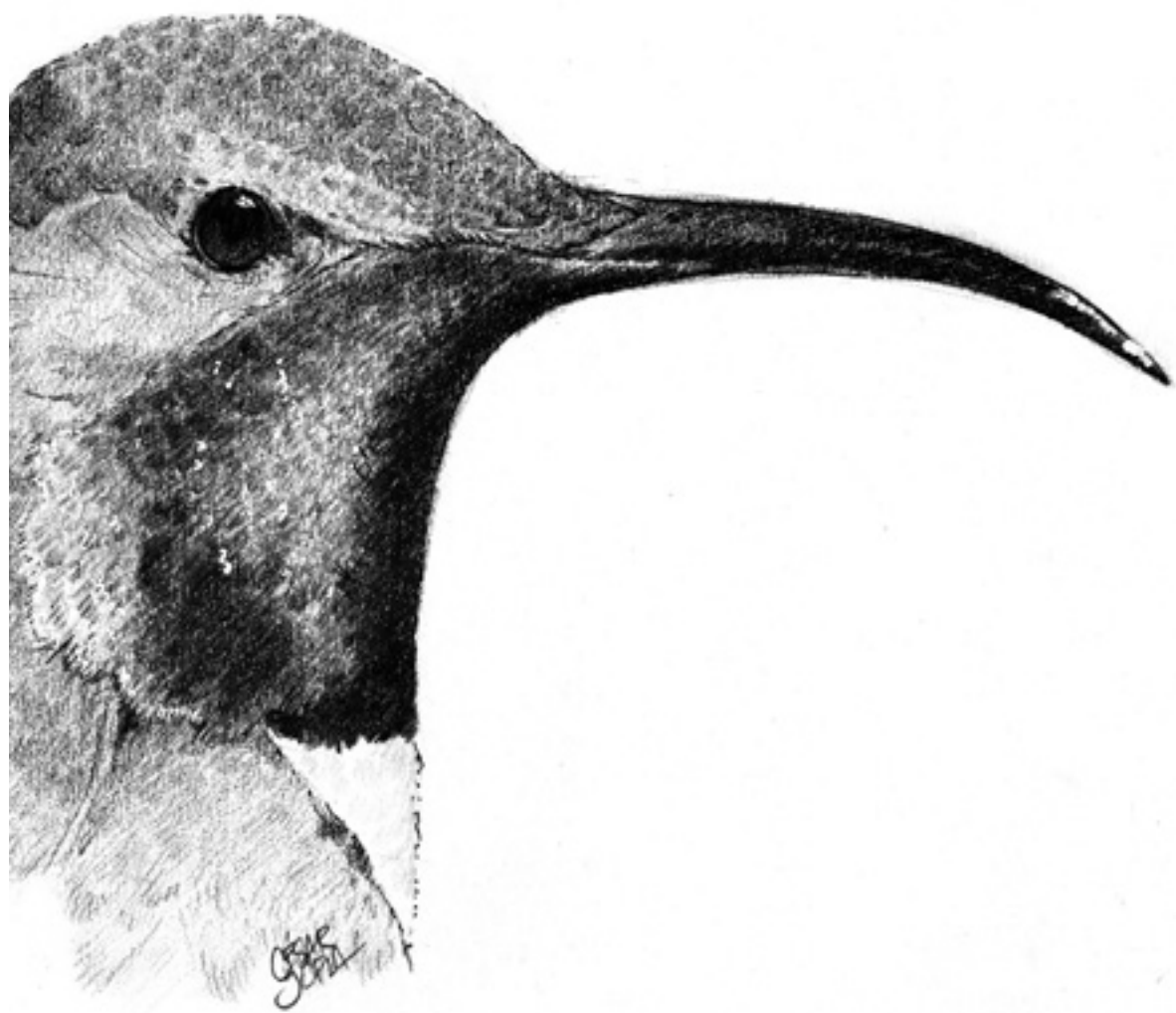
Me sorprendí al ver que esta extraordinaria ave, podía discernir que material había que reforzar, según el avance de la obra y más aún al observar que cuando esparcía el barro en la pared interior del nido, le imprimía más fuerza al aleteo,

seguramente para adherir mejor el barro en la paja.

Después de varios días de incesante actividad, por fin concluyó la faena, cesaron los interminables traslados de paja y barro. Ahora por el contrario al observar por la ventana, se podía ver en todo momento a uno de los zorzales echado en el nido, en absoluta quietud.

Aunque no me era posible mirar al interior del nido, me resultaba fácil imaginar los huevos, se había iniciado la cuenta regresiva, la pequeña pero fantástica obra emplazada en las ramas del molle, se había convertido por fin en una promesa de vida.





Diminuto Señor Cordillerano

Un memorable día de noviembre, salí a terreno en la Reserva Nacional Radal Siete Tazas, en la Región del Maule, hoy Parque Nacional, con la finalidad de marcar una ruta para un programa de caminatas guiadas.

Al llegar al nacimiento de la quebrada de Los Coigües en la ladera sur oeste del imponente Cerro El Alto, me senté a descansar en un pequeño saliente rocoso situado al lado de una vertiente.

Mientras recuperaba energías me dediqué a observar los borbotones de agua transparente, que brotaban a ras del suelo como irrenunciable promesa de vida que emergía desde las profundidades de la montaña generosa.

Repentinamente, el sonido inconfundible del batir de unas alas me indujo a levantar la vista para buscar al autor de tan enérgico vuelo; al descubrirlo, mi sorpresa fue mayúscula; sobre la vertiente casi al alcance de mi mano, suspendido en el aire con destreza indescriptible, un picaflor pardo verdoso, de garganta verde esmeralda y pecho azulado iridiscente, me

observaba con curiosidad y movimientos nerviosos.

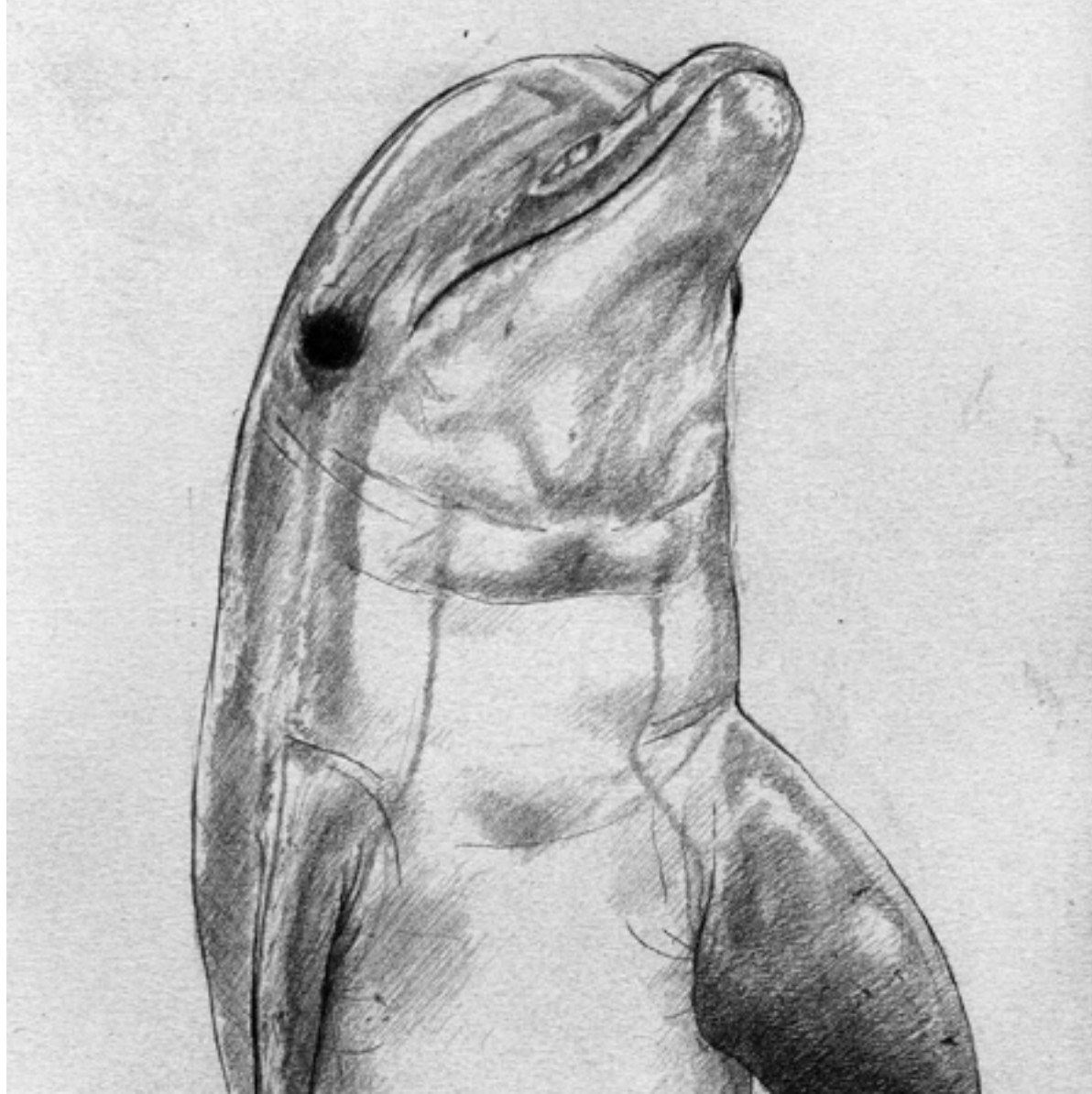
De aspecto etéreo, casi mágico, como si flotara en el aire, avanzó algunos centímetros hacia mí y luego retrocedió, inclinando levemente la cabeza hacia ambos lados analizándome con su mirada, luciendo una cola larga y ancha casi completamente blanca. En ese momento una suave brisa producida por sus alas envolvió mi rostro, como si el abanico de un espíritu del bosque quisiera calmar mi agitación.

Repentinamente puso fin a su danza prodigiosa, alejándose a gran velocidad hacia la parte alta de la montaña, hasta desaparecer de mi vista. Esta visión inesperada y sorprendente, borró al instante todo el cansancio de cuerpo y mente, que me cobraba la montaña por irrumpir en su sagrada tranquilidad.

Mi entusiasmo se acrecentaba, en la medida que comprendía que había sido protagonista del primer avistamiento en esta unidad del picaflor cordillerano, "*Oreotrochilus leucopleurus*", un ave singular que presenta hábitos tan extraordinarios como el de pegar su nido en las paredes rocosas con clara de huevo.

Por todo esto y por mucho más, esta aparición casi sobrenatural es para mí una inmejorable recompensa, por dedicar un día de mi existencia a conocer un poco más de la montaña, lugar de contrastes y fuente de inspiración para nuestro trabajo diario.





A Flor de Agua

Que espectáculo mas inolvidable me regaló hace algún tiempo la sorprendente isla Damas, que forma parte de la Reserva Nacional Pingüino de Humboldt, protegida por CONAF en la Región de Coquimbo.

Recuerdo que los gritos entusiastas de las gaviotas inauguraban el día en la mítica isla y llegaban hasta mis oídos con un sello de verano evocador de otros tiempos... quizás de los despreocupados días de las vacaciones de la infancia.

Después de una noche de solitaria conexión con esa energía tan especial que se respira en la isla, al llegar el día caminé hasta la orilla, para esperar en el pequeño embarcadero al bote que debía venir a buscarme muy temprano, según lo acordado.

Mientras permanecía sobre la precaria estructura de madera, emplazada entre roqueríos a un costado de la fascinante playa de arenas blancas conocida como “La Poza”, me dediqué a contemplar el enorme horizonte del mar; casi de inmediato me pareció ver a gran distancia, un grupo de aletas dorsales que se acercaban apareciendo y desapareciendo entre el oleaje.

Lo que en un principio parecía un espejismo, poco a poco se fue haciendo realidad, un numeroso grupo de delfines se acercaba a la isla alineados uno al lado del otro, formando un gran semicírculo que parecía muy bien sincronizado.

Muy pronto pude distinguir nítidamente sus formas faciales cuando emergían del agua y luego volvían a sumergirse curvando su cuerpo, exhibiendo una técnica insuperable de navegación a flor de agua..

En un abrir y cerrar de ojos llegaron hasta la entrada de la pequeña bahía, manteniendo una estricta formación uno al lado del otro. Luego los delfines del extremo sur estrecharon aún más el círculo entorno al embarcadero en donde yo me encontraba.

Cuando todavía no podía entender lo que sucedía y comenzaba a sentirme rodeado por los cetáceos, me di cuenta que algo inusual estaba sucediendo debajo del muelle muy cerca de mis pies....

Las aguas cristalinas y poco profundas estaban saturadas por miles y miles de pequeños peces escurridizos, que se amontonaban entre el embarcadero y la playa aledaña, encerrados en un cerco mortal.

Entonces comprendí lo que sucedía, con una sorprendente capacidad de trabajo en equipo, los delfines habían acorralado a un enorme cardumen en las aguas poco profundas de la playa. En medio de la magnificencia de este acontecimiento natural, sentí que mi presencia entre los delfines y sus presas era sólo una coincidencia.

Todavía no salía de mi asombro, cuando una nueva oleada de peces

llegó en estampida a la orilla, atropellando a los que habían llegado primero o saltando sobre ellos en una frenética carrera por la vida.

Rápidamente descubrí el motivo de las estampidas, Desde mi privilegiada ubicación pude ver a un enorme delfín nadando ligeramente ladeado en las aguas poco profundas, entrando velozmente en la masa de peces, dividiendo el cardumen en dos mientras se alimentaba al pasar.

Luego el hermoso delfín se dirigió donde sus compañeros, que mantenían la formación cerrando las vías de escape al cardumen. Cuando tomaba posición junto a los demás, observé con sorpresa que otro delfín rompía filas y se dirigía al cardumen repitiendo la maniobra.

Con esta sorprendente técnica de caza, los extraordinarios delfines comenzaron a turnarse uno tras otro, repitiendo varias veces esta maniobra aparentemente sin reparar en mi irrelevante presencia.

Mientras duró el organizado desayuno de los delfines, en varias oportunidades vi a los pequeños peces amontonados en la orilla, hasta el extremo de que muchos se quedaban por un instante varados en la arena, emitiendo destellos plateados hasta que eran rescatados por las suaves olas de la playa.

Cuando casi perdía la noción del tiempo, me di cuenta que el festín había terminado, la férrea formación de delfines se había disuelto y el desesperado cardumen que un poco antes parecía no tener salvación, había escapado un tanto mermado desapareciendo en las

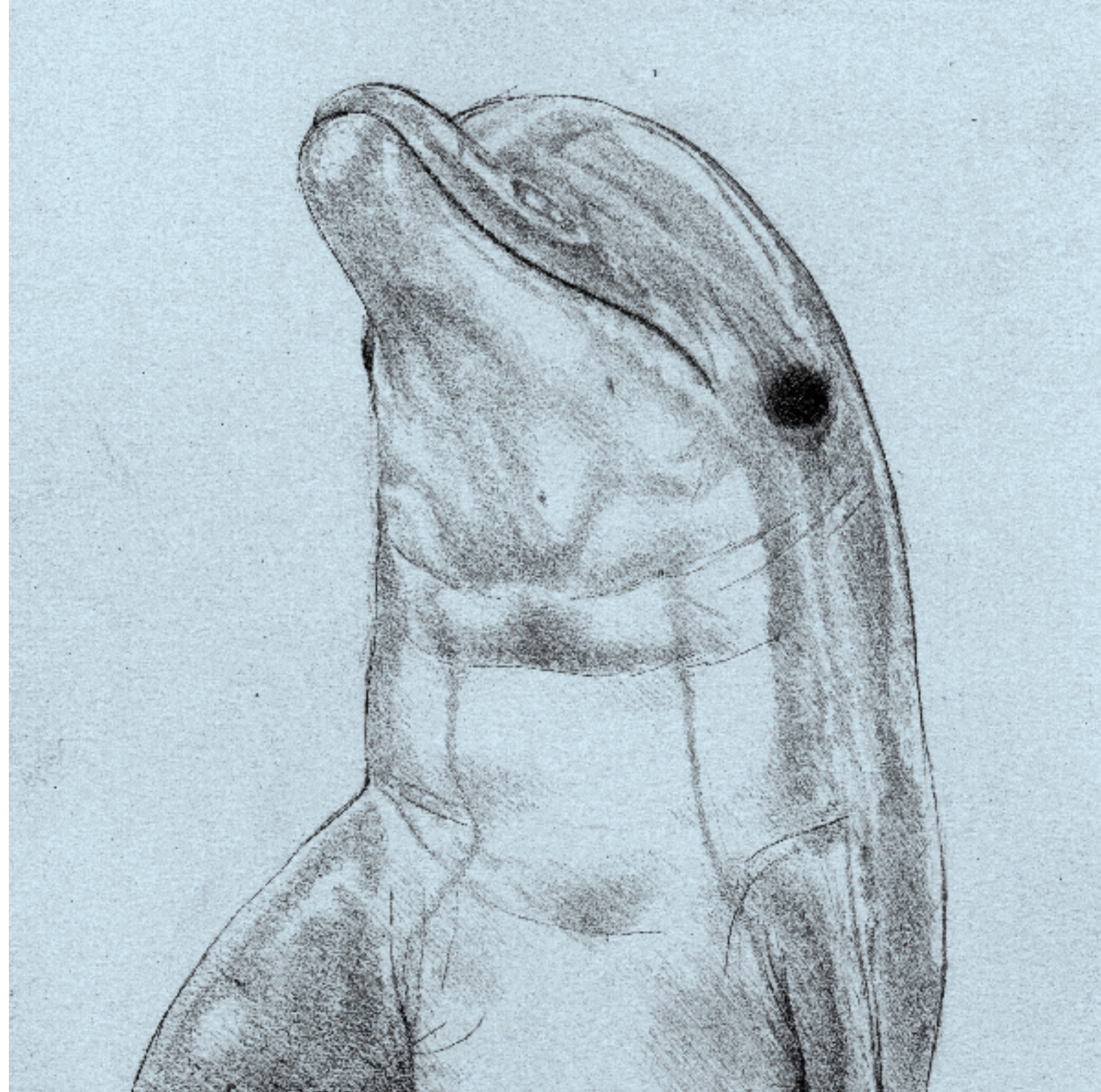
extensas aguas del mar.

Sin embargo, los delfines permanecían agrupados en un sector de la bahía, moviéndose lentamente como si estuvieran tramando algo. Luego vino el broche de oro. Como si todo lo anterior fuera poco, un imponente delfín saltó sobre el agua exhibiendo todo su cuerpo, una vez en el aire se curvó con elegancia antes de sumergirse en el oleaje.

A continuación, dos más saltaron simultáneamente cruzándose en lo alto antes de caer en picada y luego otros dos se elevaron juntos vientre con vientre, separándose en el aire cayendo de espaldas en el mar, mientras numerosos delfines ejecutaban saltos individuales, girando su cuerpo como si rodaran en el aire antes de caer, desplegando una espontánea y extraordinaria coreografía.

Repentinamente, como si obedecieran a una orden, los delfines dieron término a la función; nuevamente se agruparon y comenzaron a alejarse de la bahía hasta que sus aletas dorsales se diluyeron en el horizonte.

Cuando todavía no terminaba de asimilar lo que había visto, pude distinguir en la distancia las líneas difusas de la embarcación que venía a buscarme. En la medida que se acercaba, las formas artificiales de la frágil estructura y la silueta inmutable del patrón del bote, se consolidaban en la escena poniendo fin a la magia de una mañana inolvidable.





Una Estatua Viviente

Siete de la mañana en la desembocadura del río Limarí, del Parque Nacional Fray Jorge. El sol de marzo se asomaba lentamente detrás de la ladera sur del cerro Punta del Viento, inaugurando el día con su mágico ritual de amaneceres milenarios.

Una subyugante danza de luces y sombras, de matices y silencios, era interrumpida por los primeros gritos resonantes de las aves acuáticas que saludaban el día, dispuestas a emprender un nuevo episodio en el aveces impredecible capítulo de su existencia.

El sobrecogedor disco de oro, poco a poco se situaba sobre el estuario, acariciando la superficie del agua con sus cálidos y suaves reflejos dorados, encandilando la vista, otorgándole al paisaje de aguas encajonadas por abruptas montañas, un enigmático sello de grandeza indescriptible.

Desde mi privilegiado puesto de observación en el umbral de la puerta de la casa de CONAF, ubicada en

el borde del río, observé este magno escenario que se iba consolidando con la llegada del día, mientras me envolvían los aromáticos efluvios de la taza de café que sostenía en la mano.

Cuando recorría con la vista la superficie de las aguas mansas y poco profundas del estuario, que se extendían frente a la casa, me pareció ver al pasar, una forma distinta recortada sobre el agua, entonces devolví la mirada para verificar de que se trataba sin obtener resultados a primera vista.

Luego de una inspección visual más exhaustiva, logré detectar lo que parecía una ilusión óptica... en primera instancia me pareció ver una larga línea gris y blanca, vertical, que se proyectaba sobre el agua inmóvil y casi invisible.

Al fijar la mirada sobre esta indescifrable forma, se reveló una imagen que se mantenía oculta por las artes del mimetismo. Una enorme garza cuca permanecía de pie en medio del cauce sobre un vado del río, con el agua hasta los tobillos, investida de indiscutible elegancia.

Esta garza, de hábitos solitarios es la más grande de Chile; es de cuello, pecho y vientre blanco, tiene alas grises, presenta plumas negras en la cabeza y alcanza

un metro veinte de estatura.

Todavía incrédulo sobre su presencia, me dediqué a observarla... parecía ser víctima de una parálisis irreversible, su silueta inmutable permanecía completamente ajena a la llegada de un grupo de pequeñas garzas blancas, que se acercaban a ella con movimientos erráticos, en persecución de una presa invisible a mi vista.

Repentinamente, esta formidable garza cobró vida, como si despertara de un sueño profundo lanzó un poderoso y sorpresivo picotazo en el agua, atrapando con la velocidad de un rayo, a un sorprendido pez que se retorció en sus fauces, lanzando destellos metálicos antes de ser engullido irremediablemente.

Simultáneamente, casi a los pies de la casa en donde me encontraba, una veintena de cormoranes navegaban río arriba, zambulléndose una y otra vez en el agua, con itinerario ondulante, volviendo a la superficie con pequeños peces que se convertían en su impostergable desayuno.

Por otra parte, en la playa del frente, los zarapitos todavía adormecidos por los efectos de la fría noche, se movían lentamente, como testigos indiferentes ante el festín de sus vecinos. En medio de todo esto,

se dejaba sentir cada vez con más fuerza la animada conversación de las gaviotas de Franklin, que desde una pequeña isla inaccesible en medio del río, parecían anunciar los preparativos de un largo viaje.

Al volver mi atención hacia el sector en donde se encontraba la imponente garza cuca, comprobé que todavía permanecía en el mismo lugar. En ese momento un grupo de taguas de frente amarilla se le acercaban indiferentes, empequeñecidas por su imponente figura, mientras que ella permanecía inmóvil en espera de una nueva presa con paciencia infinita, imperturbable, completamente abstraída del tiempo y el espacio... como una verdadera estatua viviente.





Entre Agua y Nieve

Radal Siete Tazas, invierno del año dos mil. Durante varios días había estado nevando en ese mágico rincón precordillerano. Todo el entorno estaba cubierto de nieve en varios kilómetros a la redonda de la casa en donde yo vivía; literalmente el mundo estaba completamente blanco.

Los robles y los coigües, con sus ramas dobladas por el peso de la nieve, habían perdido su habitual estampa y, en algunos casos sus enormes ramas casi llegaban al suelo, obstruyendo los accesos con inminente peligro de desganche. Por este motivo, desde la administración habían llegado recomendaciones de no aventurarse a salir mientras prevalecieran estas condiciones climáticas, a fin de prevenir accidentes.

Una de esas noches profundas, pude captar que la copiosa caída de la nieve había dado paso a la lluvia, lo que anunciaba la llegada de un frente más cálido, que podía ser el preámbulo del incremento del escurrimiento superficial de las aguas, al deshacerse la nieve, aumentando las posibilidades de quedar aislado por el corte del camino.

Al llegar la mañana, la lluvia arreciaba y el viento se dejaba sentir, trayendo hasta mis oídos las inconfundibles voces del invierno. Al mirar por la ventana, me di cuenta que pese a la lluvia, los árboles todavía conservaban su carga de nieve. En ese momento, con un ánimo de resignación, volví mi atención al interior de la casa para prepararme una taza de café.

Mientras envolvía la taza con mis manos, para calentar los dedos que se enfriaban rápidamente pese a la calefacción de la casa, un tremendo ruido llegó desde el exterior, llevándome una vez más a mirar por la ventana para conocer el origen del estruendo.

Al ver que desde la ventana no podía averiguar lo que había sucedido, abrí la puerta y salí hasta la escala del acceso principal de la casa. Desde allí pude constatar que uno de los árboles del frontis se había caído por el peso de la nieve en ese momento y mientras lamentaba lo sucedido me di cuenta que de un momento a otro había dejado de llover. Aprovechando el repentino aumento de visibilidad, me dediqué a mirar el entorno mientras respiraba los gélidos y penetrantes aromas del invierno; en ese momento mis ojos captaron una imagen inesperada y fascinante...

Una silueta sigilosa se desplazaba por el camino frente a la caseta de atención de público a unos ochenta metros de distancia de donde yo me encontraba. Al principio, me pareció ver a un perro muy grande, pero mi mente procesó rápidamente la imagen, su andar felino, su cabeza redondeada, su cuerpo alargado y la curvada longitud de su

cola, me llevaron a una inequívoca conclusión, estaba frente a un magnífico león chileno.

El riguroso invierno, me había regalado la posibilidad de ver a uno de los más esquivos habitantes de la montaña, despertando en mí una extraña sensación que debe ser de origen ancestral, una curiosa mezcla de fascinación y respeto, probablemente surgida de algún rincón dormido de mi memoria genética.

De alguna manera, el indiscutible sello de poder que acompañaba cada movimiento de este sigiloso felino, trajo a mi mente la incertidumbre que debieron sentir nuestros ancestros, en los albores de la humanidad, al verse enfrentados cara a cara con grandes felinos, cuando nuestra raza todavía no conquistaba la supremacía en el planeta.

El silencioso puma, caminó tranquilamente en dirección al estacionamiento, que se encontraba completamente inundado, llegó hasta el borde del agua y cuando se le empapó una de sus manos, la levantó y la sacudió en el aire con un gesto para mi gusto, muy felino...

En ese momento y mientras todavía mantenía la mano levantada, giró la cabeza mirando con recelo hacia donde yo me encontraba. Nunca sabré si me vio o solamente captó la presencia de la casa, pero lo cierto es que a partir de ese momento, se mostró inquieto y apurando el tranco se devolvió por donde venía en dirección a la montaña.

Una vez que cruzó el camino, haciendo alarde de su extraordinaria

agilidad, brincó sobre el cerco aledaño sin tocar en lo más mínimo el alambrado, saltando con elegancia y oficio acrobático a toda prueba. Luego desapareció entre los quillayes y avellanillos de una quebrada, dejando como único indicio de su presencia sus impresionantes huellas en la nieve.

Entonces, caminé con expectación hacia el lugar en donde había desaparecido de mi vista y, sin querer resignarme a su ausencia, escudriñé una y otra vez con la mirada la fría penumbra que reinaba al interior del bosque, otorgando a troncos, roqueríos y hojarasca, un halo de misterio fascinante.

Pero a pesar de mis ansias por volver a verlo, el sigiloso puma se había diluido en la maraña vegetal. En ese momento, cifras numéricas implacables trajeron a mi ánimo un sentimiento de pérdida; en los últimos cincuenta años, el ochenta por ciento de la población de grandes felinos del mundo ha desaparecido.

Frente a esta situación, guardo la esperanza de que nuestro magnífico león chileno, encuentre una oportunidad de sobrevivir en las áreas silvestres protegidas, dentro del ámbito de acción de los guardaparques, para que nos siga sorprendiendo con su admirable sigilo, su impresionante agilidad y la fuerza enigmática de su mirada.





Una Sombra Misteriosa

Era una tranquila tarde de verano en el último reducto de las chinchillas, ya no quedaban visitantes, los compañeros de trabajo se habían ido y aún cuando la tarde estaba bien avanzada, una leve brisa tibia acentuaba el calor, trayendo hasta mis sentidos el aroma leñoso de los arbustos maduros, que ya habían tornado el paisaje grisáceo.

Pese al calor, me entregué a la tarea de saborear una taza de té a la sombra de la pérgola, frente al abrevadero que le habíamos construido a la fauna silvestre. A esa hora, la pequeña poza de agua ubicada a nivel del suelo, se encontraba llena de aves de diferentes especies, incluyendo dos roedores de hábito diurno, que compartían el agua con las aves sin ningún problema.

Repentinamente, todos los comensales del abrevadero desaparecieron simultáneamente, algunas aves se escondieron entre los arbustos y otras volaron lo más lejos posible, mientras que los roedores cola de pincel, corrieron velozmente hacia la seguridad de su madriguera debajo del guayacán, levantando en la prisa una pequeña nube de polvo. Tras la huida vino un silencio sepulcral, era como que el mundo se había detenido.

Casi de inmediato tuve el primer atisbo de lo que sucedía, una

enorme y silenciosa sombra se deslizó por el suelo hasta los límites de la pérgola en donde yo me encontraba y desapareció fundiéndose con la sombra de la techumbre, reapareciendo en el lado opuesto de la estructura, siguiendo un rumbo que parecía imperturbable.

Rápidamente me dirigí hasta el borde de la techumbre para buscar en el cielo al dueño de tan misteriosa sombra; desde allí pude ver a una hermosa águila sobrevolando el sector a muy baja altura; mientras se alejaba, su sombra brincaba entre los relieves del suelo y las formas irregulares de los arbustos semisecos del faldeo aledaño.

Sorpresivamente, el lento y majestuoso planeo se convirtió en una vertiginosa caída en picada; el fantástico rapaz, en el último segundo antes de llegar al suelo, giró su cuerpo levantando la cabeza y el pecho hacia el cielo, desplegando sus patas hacia abajo, hasta estrellar sus poderosas garras en las ramas quebradizas de una mata de incienso. En ese decisivo momento, el estrepitoso crujido de las ramas al quebrarse se fundió con el dramático e inconfundible grito de un conejo que, al parecer, en el último momento, había buscado inútil refugio en el frágil arbusto.

Con una rara mezcla de sorpresa, compasión y admiración, vi elevarse a esta poderosa ave, batiendo sus enormes alas con admirable destreza, llevándose en sus garras a su presa y una buena parte del follaje del arbusto, que ante el inmenso despliegue de poder de este rapaz, no pudo ofrecer protección a tan infortunada criatura que ya tenía sellado su destino.





Esquivo y Respetable

El envolvente amanecer en la Reserva Nacional de las Chinchillas llegó acompañado de una grata sorpresa; una pequeña huella pocas veces vista plasmada en la tierra suelta, atravesaba el camino en dirección al abrevadero.

La identificación del posible autor de este interesante sello grabado en el suelo, parecía inequívoca, un sigiloso quique nos había visitado. Sin embargo, las incursiones habituales al abrevadero de un gigantesco sapo de rulo, que curiosamente deja una huella muy parecida, sembraba la duda y ponía una nota de incertidumbre al descubrimiento.

Pero con el transcurso de los días, una cámara con sensor de movimiento instalada en el abrevadero, disipó toda duda; por fin un corto video de solo cinco segundos de duración, nos entregó la fugaz imagen de un cauteloso quique, apagando su sed en la pequeña poza ubicada a ras de suelo.

Poco tiempo después, y en forma inesperada, tuvimos nuevas noticias sobre el esquivo mustélido; uno de los zorros residentes del sector, arremetía con insistencia sobre un

compacto arbusto ubicado en un faldeo, emitiendo gruñidos y chasquidos como si estuviera atacando algo.

Rápidamente, en compañía de otro guardaparque, me acerque al lugar con máquina fotográfica en mano, para verificar lo que sucedía y tratar de captar imágenes del acontecimiento. El zorro estaba tan concentrado en sus embestidas al matorral, que parecía no notar nuestra presencia. En un abrir y cerrar de ojos dio un vigoroso salto y cayó en medio del arbusto, donde había una abertura que le permitía llegar hasta un lugar casi inaccesible debajo del follaje.

El perseverante cánido introdujo su cabeza y sus patas delanteras en el espacio abierto entre las ramas, dejando todo su cuerpo sobre el arbusto, batiendo de lado a lado su cola mientras emitía enérgicos gruñidos, que ponían los pelos de punta. En ese tenso momento me pareció captar los gemidos de una criatura que se defendía con insuperable valentía.

Cuando parecía que en cualquier momento el furioso culpeo emergería del matorral con su presa en el hocico, saltó bruscamente como si lo hubieran eyectado en el aire y cayó de pie a un costado de la frondosa mata de palo negro... el motivo de su acrobático salto había sido una penetrante y dolorosa mordedura en su nariz, por parte de su supuesta víctima.

Me separé de mi acompañante y me acerqué subiendo por la pendiente hasta llegar al borde del arbusto. Por su parte, el zorro permaneció en el lado opuesto del matorral, acechando a su esquiva presa respirando agitado, mientras se lamía repetidas veces la sangrante herida, hasta que desistió del ataque alejándose aparentemente resignado.

Al cesar los gruñidos del atacante, pude escuchar el impresionante mensaje de advertencia del quique, que continuaba parapetado debajo del ramaje. En ese momento llegó a mis oídos un sonido difícil de definir; más que un gruñido, parecía una penetrante vibración que transmitía mucha energía, un poderoso mensaje capaz de disuadir a cualquiera.

Pero mis deseos de verlo directamente y la posibilidad de fotografiarlo, me llevaron a desafiar su intimidante lenguaje, trasgrediendo quizás el umbral de su distancia de fuga o de ataque, hasta el extremo de abrir con mis manos el ramaje.

Escudriñé visualmente lo que parecían secretos pasajes dentro del matorral. En ese momento, el vibrante gruñido aumentó su intensidad, hasta el punto que parecía venir de todos lados y de ninguna parte a la vez.

Repentinamente, una oscura forma que parecía temblar al compás del sonido se deslizó debajo de las ramas acercándose a mí en actitud amenazante. Sin pensarlo dos

veces me incliné enfocando con mi cámara el hostil y esquivo objetivo. En milésimas de segundos pude ver a través del lente al temperamental quique que se me venía encima.

Un ruidoso crujir de ramas muy cerca de mi cara y la intimidante cercanía de su inenarrable gruñido, me hicieron retroceder en forma tan brusca, que estuve a punto de caer sobre la pedregosa pendiente. Con dificultad logré mantenerme en pie, sin poder evitar las dolorosas espinas de un cactus, que aparentemente estaba a favor del quique.

En medio de las amenazas de este extraordinario mustélido, retrocedí lentamente, con una rodilla resentida por el impacto con la pétrea dureza del suelo y un agudo dolor en un brazo, provocado por las implacables púas del copao.

El inquebrantable temperamento del quique me había convencido sobre la conveniencia de dejarlo tranquilo. En ese momento, y asumiendo el costo de mi osadía, me alejé silenciosamente del lugar, para no seguir perturbando a este pequeño y sorprendente depredador, que se constituye en uno de los carnívoros de la fauna chilena más esquivos y respetables.





El Arte del Mimetismo

Una de las mejores demostraciones de las cualidades del mimetismo, como mecanismo de sobrevivencia de algunas especies de fauna silvestre, me tocó vivirla y compartirla con un pequeño grupo de escolares, muy cerca del camping Los Robles en las Siete Tazas.

Aprovechando esa inmejorable ocasión, avanzamos sigilosos con la mirada fija en un punto específico a ras de suelo, en donde, a simple vista, sólo se observaba una capa discontinua de hojarasca y una que otra piedra que sobresalía en el piso, entre los árboles dispersos que anunciaban el lento regreso del bosque de antaño.

Varios integrantes del grupo habíamos visto el vuelo errático descendente de un ave y coincidíamos en que se había detenido en ese preciso lugar. Sin embargo, para nuestra sorpresa, la misteriosa criatura alada había desaparecido como por arte de magia.

Por su parte, los estudiantes que no la habían visto, dando crédito a lo que decía el resto del grupo, buscaban con sumo interés lo que por el momento permanecía perfectamente oculto a sus neófitos ojos.

Sin embargo por mi parte, rápidamente, descubrí en el suelo la inmovilidad de sus formas casi imperceptibles. Inmediatamente por medio de señas, conminé a los estudiantes a detenerse y les mostré, cuidadosamente con mi índice el punto exacto donde se encontraba, sin embargo ninguno de los escolares lograba verla.

En ese momento, hablando en voz baja, los instruí para continuar acercándonos muy despacio, como si nuestras imágenes se mostraran en “cámara lenta”, hasta llegar a una distancia prudente y quedarnos allí observando inmóviles, en espera del más mínimo movimiento que delatara a esta reina de la invisibilidad.

Cuando por fin logré que ese puñado de escolares, empeñados en descubrirla, se transformaran por un instante en rígidas estatuas, comencé a entregarles pistas para que descubrieran la ubicación exacta del críptico tesoro que sus ojos, no podían encontrar.

La disciplina y la paciencia rindieron frutos cuando por fin esta singular ave, de hábitos preferentemente nocturnos, comenzó a abrir lentamente sus grandes ojos, seguramente para observar su entorno y verificar que no había amenazas. En la medida que plegaba sus párpados, el brillo de su mirada comenzó a delatarla, provocando suaves exclamaciones de entusiasmo en los escolares que uno tras otro anunciaban su descubrimiento.

Pero tanto ruido la puso en alerta y volvió a cerrar sus párpados en forma instantánea en un nuevo y sorprendente intento por desaparecer ante nuestra mirada; pero ya era tarde, la habíamos

descubierto. Sin embargo si no hubiésemos sabido que estaba allí, habría sido muy difícil encontrarla.

El hecho que esta extraordinaria insectívora alada estuviera plenamente consciente de su notable dominio del escapismo visual y la inmejorable oportunidad de compartir los detalles de su técnica con estos sorprendidos niños, me pareció un privilegio realmente conmovedor.

En medio de tanta expectación se vinieron a mi mente los motivos que inspiraron sus diferentes nombres en el imaginario popular y de manera espontánea se los transmití en voz baja a los alumnos... “Al abrir sus ojos a medias para no ser descubierta, fue interpretada por los campesinos como un ave cegatona, por este hábito fue bautizada como Gallina Ciega...”

“En algunas localidades, seguramente al verla aparentemente dormida, muchas personas pensaron que era muy buena para dormir, haciéndose acreedora del nombre Dormilona...” “Mientras que su habilidad para aplastarse en el suelo hasta casi desaparecer de la vista le dio el nombre de Plasta”.

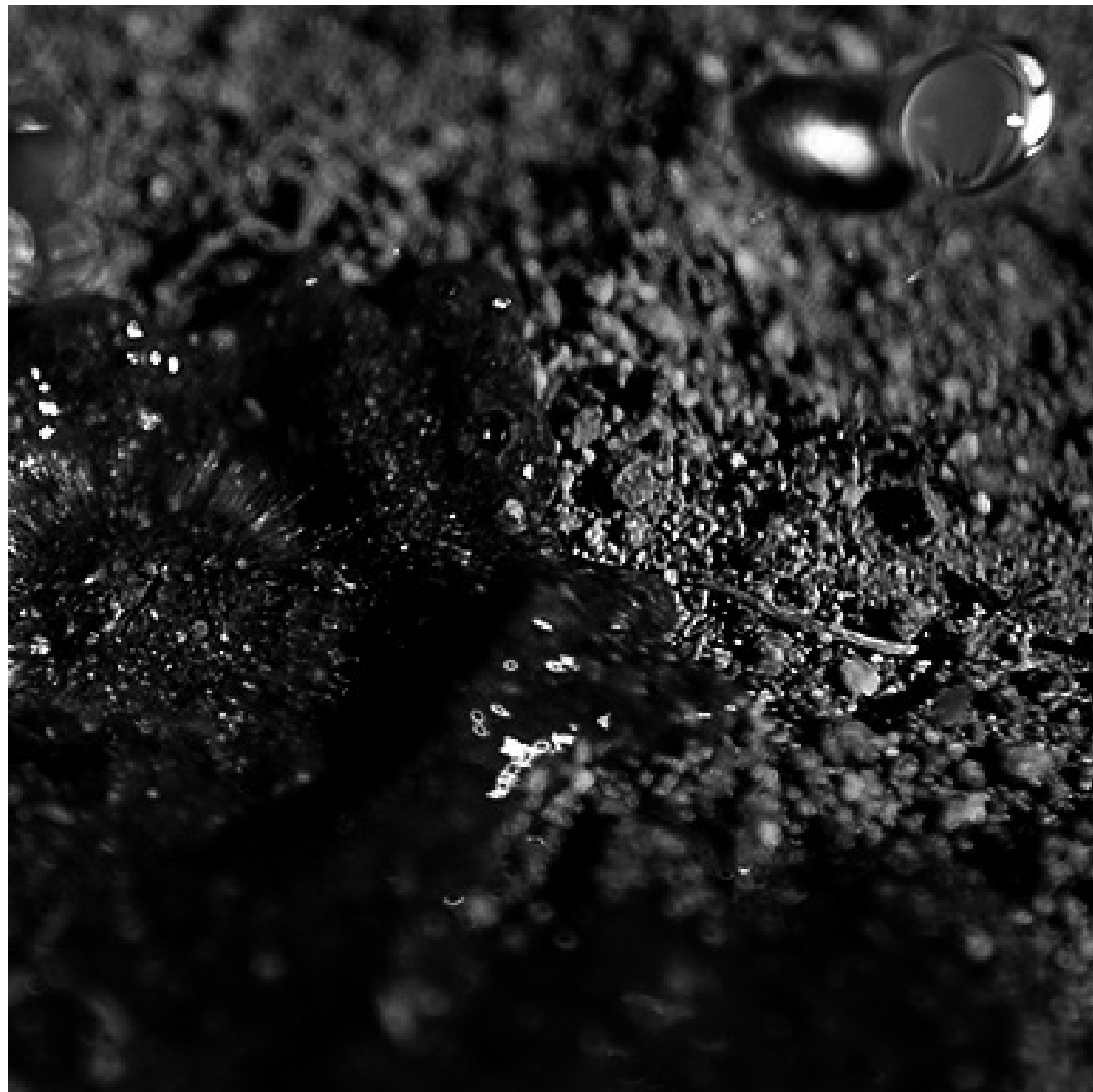
Por otra parte, no podía perder esta inmejorable oportunidad para que los alumnos observaran las prominentes vellosidades en los costados de su ancho aparato bucal, en otras palabras en la base del culmen. Estas vellosidades, también conocidas como vibrisas, se constituyen en formidables sensores los que al parecer hacen más eficiente la casa de insectos al vuelo.

Lo anterior se complementa con la anchura de sus mandíbulas que aumenta el rango de captura de sus presas constituyéndose en una extraordinaria adaptación evolutiva. Todos estos elementos de observación y aprendizaje emergían de este fortuito encuentro enriqueciendo significativamente esta memorable jornada al aire libre.

Sin embargo, más allá de los datos que los estudiantes pudieran digerir, me quedaba el indescriptible sabor de lo vivencial, la recompensa de ver la fascinación en esos niños y la esperanza que este contacto tan directo con la naturaleza, contribuiría a moldear sus espíritus, para que en el futuro adopten una postura menos arrogante frente al entorno natural y sus singulares criaturas silvestres.

Pero después de tanto barullo a su alrededor y uno que otro movimiento brusco de algún estudiante, la paciencia de la gallina ciega se agotó y sin emitir ni el más mínimo ruido, despegó del suelo desapareciendo en vuelo a poca altura; no sin antes brindarnos un inmejorable aprendizaje, impartido por una experta consagrada en el arte del mimetismo.





Llanto de Nubes

Al fin llegó la lluvia al hogar de las chinchillas. Un silencioso y melancólico día de invierno, en que el cielo amaneció cubierto por espesas nubes negras que achataban el firmamento, se desencadenó el esperado y esquivo milagro.

Al comienzo, tímidamente, las nubes soltaron su carga vital empapando gota a gota la faz del paisaje, tapizado por arbustos resecos y mantos de pedregales grises, que poco a poco cambiaban de tonalidad al ritmo del suave baño pluvial.

La lluvia se dejó sentir desde las cumbres más altas hasta los lechos resecos de las profundas quebradas, como una letanía casi olvidada, como un suave murmullo que acalló por un instante las voces habituales de este ambiente semidesértico.

El rumor de la lluvia se acentuó en la profundidad de la noche, elevando a los cuatro vientos un mensaje inequívoco, una buena nueva para la infinitud de

criaturas vivientes de casi todos los reinos que habitan en este riguroso y a veces implacable ambiente.

La intensidad de la lluvia parecía anunciar días mejores. Parecía poner término, por fin, a las azarosas pruebas de sobrevivencia de los estoicos seres de este mundo semiárido. Parecía neutralizar la implacable sequía levantando su voz en la oscuridad, como un prometedor concierto del más talentoso y consagrado coro de aguas.

El nuevo día dejó atrás la trasnochada lluvia y llegó envuelto en aromas indescritibles, fragancias que regocijaban el espíritu, despertando misteriosas nostalgias, quizás de orígenes ancestrales. El penetrante olor de la tierra húmeda, entremezclado con el aroma de raíces y hojas maduras empapadas, se concertaba con la magia del ambiente de post lluvia.

Inevitablemente, la fuerza de los acontecimientos me transportó a circunstancias parecidas, de otros tiempos... Radal Siete Tazas, otoño de mil novecientos noventa y nueve. La marcada sequía del año anterior hacía notar sus efectos; el caudal del río había disminuido tan drásticamente que en algunos tramos se había secado.

La imponente cascada Velo de La Novia, con más de

cincuenta metros de altura, ya no se descolgaba por el abismo rocoso con su vaporoso velo inmaculado. La sequedad en el suelo había llegado a tal punto, que caminos y senderos estaban cubiertos por una gruesa alfombra de fino y polvoriento trumao volcánico.

La capa de trumao suelto, fino como el polvo de talco, en algunos tramos del camino era tan profunda que al pasar sobre ella, los pies se enterraban hasta los tobillos en la tierra suelta. Sin embargo, cuando parecía que la situación ya no daba para más vino la bendita lluvia.

Apenas comenzó a llover se levantó una extraña polvareda a lo largo del camino a ras de suelo, que era provocada por las gotas de lluvia que se sumergían en la gruesa capa de trumao, provocando la estampida de las resacas partículas de polvo que salían disparadas al aire por el impacto sucesivo de las gotas de agua.

La sequedad de la tierra era tan intensa que parecía imposible su fusión con el agua; las gotas de lluvia levantaban polvo al chocar con el suelo y luego se hundían en la fina capa de trumao sin perder su forma ni mezclarse con la tierra, como si se tratara de agua y aceite.

Finalmente, la perseverancia de la lluvia pudo más.

La impermeabilidad del trumao que cerraba el paso al agua fue cediendo frente a la imparable inundación; las gotas de agua perdían su forma esférica para deshacerse y fundirse con la tierra, oscureciendo el suelo que gradualmente era conquistado por la humedad.

En primera línea observé este fugaz acontecimiento, cuya sugestiva imagen, entremezclada con el ruido de la lluvia, emulaba el fragor de una batalla como si dos ejércitos en miniatura se enfrentaran en un conflicto de vida o muerte.

En efecto, dos grandes elementos de la naturaleza agua y tierra, se confrontaban inevitablemente para conciliar sus diferencias acentuadas por una larga ausencia, antes de fundirse nuevamente en una milenaria alianza en beneficio de la fecundidad y la continuidad de la vida.





Pequeño Gigante

El sonoro e inconfundible grito de ataque de un zorzal, me movió a indagar lo que sucedía entre las frondosas ramas de un roble en la pre cordillera del Maule. En breve pude ver las enérgicas embestidas que esta ave realizaba sobre algo que permanecía posado en una rama a media altura.

Mediante impetuosos vuelos rasantes, el zorzal descargaba toda su ira sobre un silencioso y plumífero objetivo, que parecía recibir de lleno los impactos de este verdadero proyectil alado. Sin embargo, desde cierta distancia observé que a pesar de las violentas acometidas, el estoico objetivo permanecía intacto y en el mismo lugar después de cada ataque.

Al acercarme un poco más ocultándome entre tupidos arbustos confirmé mis sospechas, tan odiado personaje era un menudo chuncho que parecía no estar dispuesto a abandonar su dormitorio. Mientras me movía semi agachado lo perdí de vista por un instante, hasta que lo volví a ver justo cuando el zorzal descargaba toda su furia sobre este menudo rapaz nocturno.

El recuerdo de la macabra imagen de polluelos de zorzal, que permanecían en el nido como si estuvieran durmiendo pero con sus cabecitas destapadas y desprovistas de su cerebro a raíz del ataque de un chuncho, me permitía comprender los motivos de tanto odio.

En otras ocasiones había visto zorzales hostigando a los chunchos hasta obligarlos a retirarse del lugar, por tal motivo pensé que este pequeño búho en cualquier momento abandonaría el árbol. Sin embargo me llevé una sorpresa.

El zorzal, se abalanzó nuevamente directamente sobre el chuncho, lo que hacía inevitable un choque frontal pero el atacante pasó de largo mientras que el chuncho quedó colgando al revés en su momentánea percha, esquivando el ataque con una maniobra sorprendente.

Inmediatamente después del ataque, se impulsó con sus alas hasta quedar nuevamente parado sobre la rama. De esta forma repetía una y otra vez su maniobra circense, cada vez que el furioso zorzal se lanzaba sobre él.

Después de presenciar varios ataques sucesivos del zorzal, me dio la impresión que la repetitiva mecánica de las embestidas lo enceguecían cada vez más, hasta el punto de abandonar las precauciones que dicta el instinto de sobrevivencia.

Los ataques se repetían uno tras otro siguiendo el mismo

patrón; el chuncho esquivaba colgándose en la rama y el zorzal pasaba de largo, así sucesivamente hasta que repentinamente algo cambió el curso de los acontecimientos.

El zorzal no pasó de largo y el chuncho no quedó colgando, por el contrario, ambos cayeron desde lo alto girando y rebotando de rama en rama, hasta llegar al suelo en un implacable abrazo mortal.

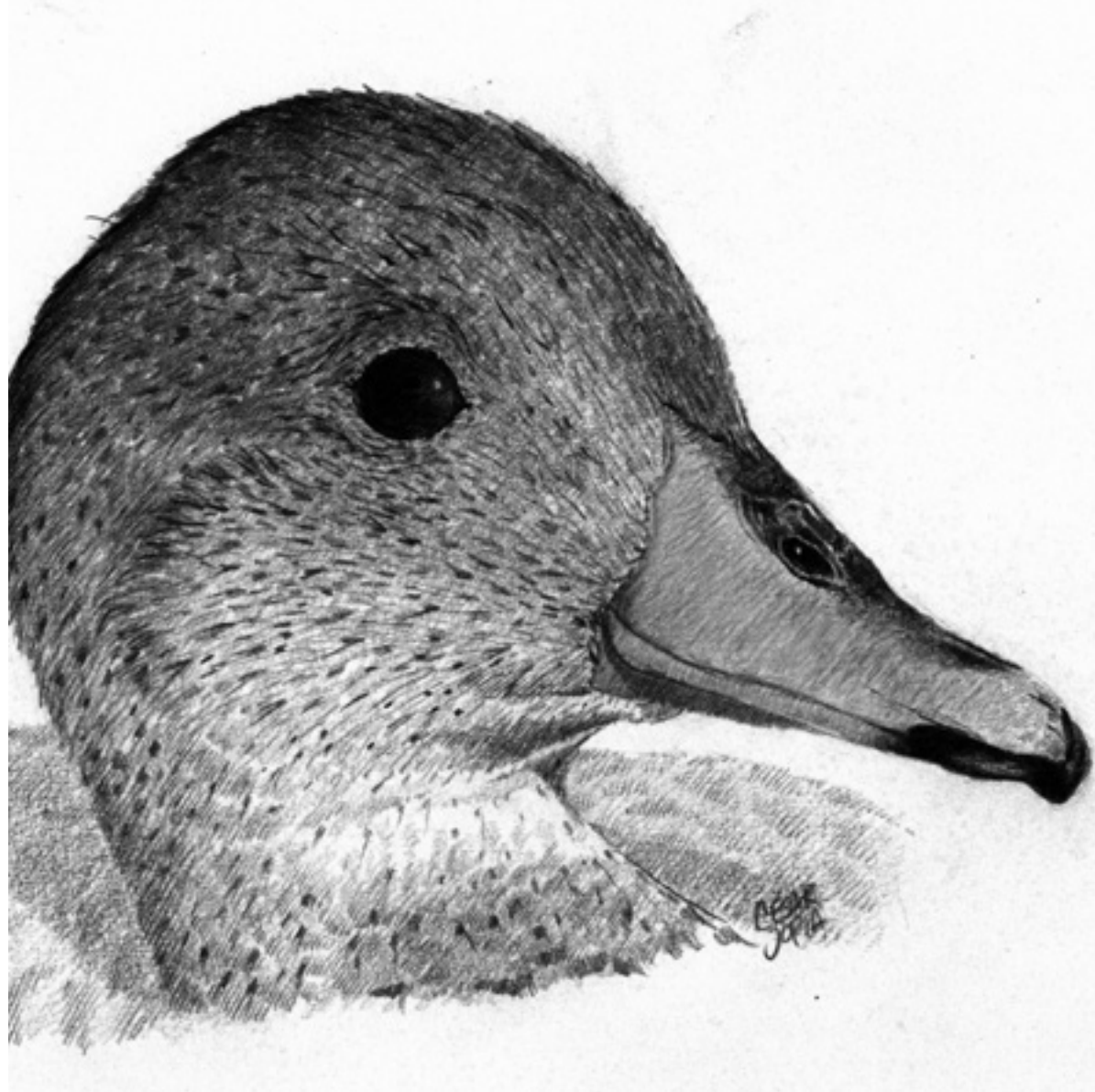
El chuncho había puesto fin al juego, en vez de esquivar el ataque había salido al encuentro de su atacante recibiendo con sus penetrantes garras. Una vez en el suelo, rodaron sobre la hojarasca mientras el zorzal intentaba zafarse en vano. Por un momento, el pequeño rapaz fue arrastrado por su presa, que casi lo superaba en tamaño, pero finalmente la formidable condición depredadora del chuncho, prevaleció en esta trófica contienda.

Cuando el zorzal dejó de poner resistencia y su cuerpo quedó a merced de su contendor, el chuncho intentó infructuosamente remontar el vuelo con su trofeo en las garras; sin embargo, sólo consiguió arrastrarlo con dificultad, levantándolo a ratos a poca altura hasta llevarlo a un lugar mas seguro, probablemente para degustar su presa en la discreta intimidad del sotobosque.

Conmovido por este acontecimiento, me quedé inmóvil, observando como este diminuto rapaz nocturno arrastró sin

vacilación a su enorme presa hasta desaparecer de mi vista, sumergiéndose en la profundidad del bosque, dejándome una indescriptible sensación de encontrarme en el límite del misterioso y desconocido mundo de un pequeño gigante.





Trucos de Sobrevivencia

En una época en que trabajaba en la Reserva Nacional Lago Peñuelas, en la Región de Valparaíso, aprovechando un día soleado de principios de verano, emprendí la aventura de caminar por los contornos de uno de los extremos del lago, en dirección al sector conocido como El Zanjón...

A poco andar, me di cuenta que había ingresado en el territorio de nidificación de “perritos”, ave zancuda migratoria, pariente del queltehue, pero mucho mas estilizada. Multitudinarios gritos de advertencia parecidos al ladrido de un perro pequeño, me comunicaban que mi presencia no era bienvenida.

A pesar de la claridad del mensaje, continué caminando simulando indiferencia, mientras observaba que numerosos “perritos” se elevaban desde el pastizal, para volar en círculos sobre mí. No cabía duda, todo el sector estaba sembrado de nidos ocultos en la complicidad de la hierba protectora.

Contrariando la voluntad de estos momentáneos residentes mantuve mi itinerario guardando la esperanza de ver algún nido. Repentinamente un furioso vuelo rasante hizo contacto con mi cabeza y casi simultáneamente una segunda ave pasó por un costado de mi cara, alcanzándome con un espolón de sus alas, provocando un leve ardor en una de mis orejas.

Así sucesivamente, una y otra vez, una multitud de aves me atacaban sin tregua en medio de interminables “ladridos” disuasivos, hasta que me vi agachado esquivando los enérgicos embates, que a cada minuto se hacían tan osados que me parecía posible atraparlas con mis manos.

Al ver que no era factible llegar a ningún acuerdo, decidí alejarme del lugar tan rápido como me fuera posible. En medio de la divertida frustración que me provocaba tanta intransigencia, casi sin darme cuenta llegué hasta los bordes de los cuerpos de agua alargados del sector El Zanjón.

El ardor de mi oreja desapareció al instante frente a una nueva escena cautivante... una hembra de pato jergón nadaba silenciosamente, rodeada de un grupo de polluelos casi recién nacidos que flotaban sobre el

agua como si estuvieran hechos de plumavit.

Sus cuerpecitos cubiertos de un fino y suave vellón, apenas rozaban el agua como si estuvieran suspendidos en el aire, haciendo alarde de su extraordinaria flotabilidad. Repentinamente la madre que se encontraba muy cerca de la orilla saltó a tierra y cayó de bruces dando una voltereta, como si una amarra invisible la sujetara.

Luego, siguió arrastrándose con un ala extendida y la otra recogida, emitiendo gritos que parecían de desesperación. En ese momento pensé que probablemente estaba enredada en un hilo de pescar y a pesar de los principios de no intervención en los acontecimientos de la naturaleza, quise ayudar, sentí que la vida de esos frágiles y tiernos patitos dependía de mí...

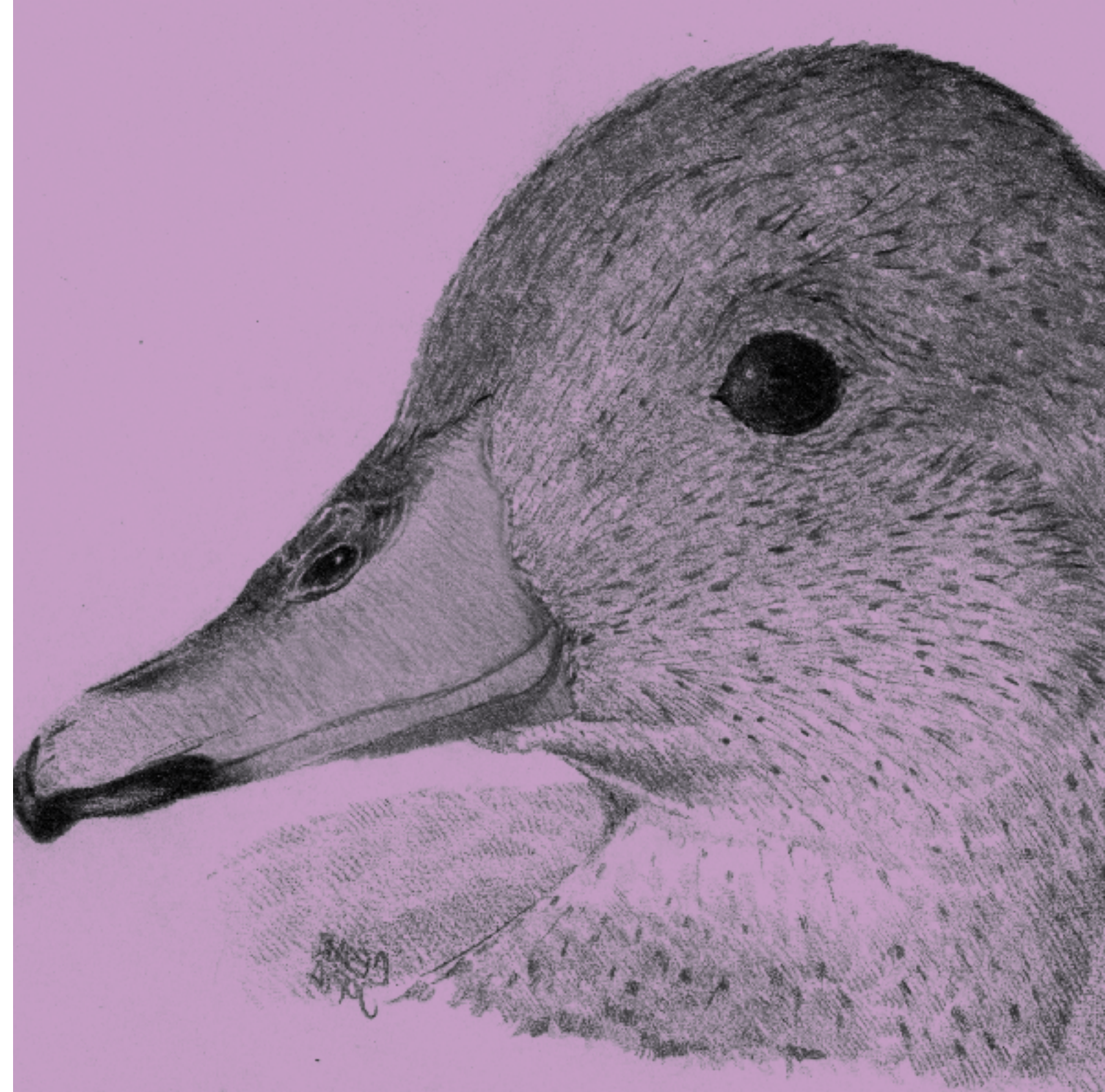
Después de todo pensé, el hilo de pescar era de origen humano lo que me hizo sentir indirectamente responsable de la situación; además, en otras ocasiones había visto aves acuáticas penosamente muertas a causa de estos elementos artificiales. Por este motivo y sin darle mas vueltas al tema, me lancé al rescate.

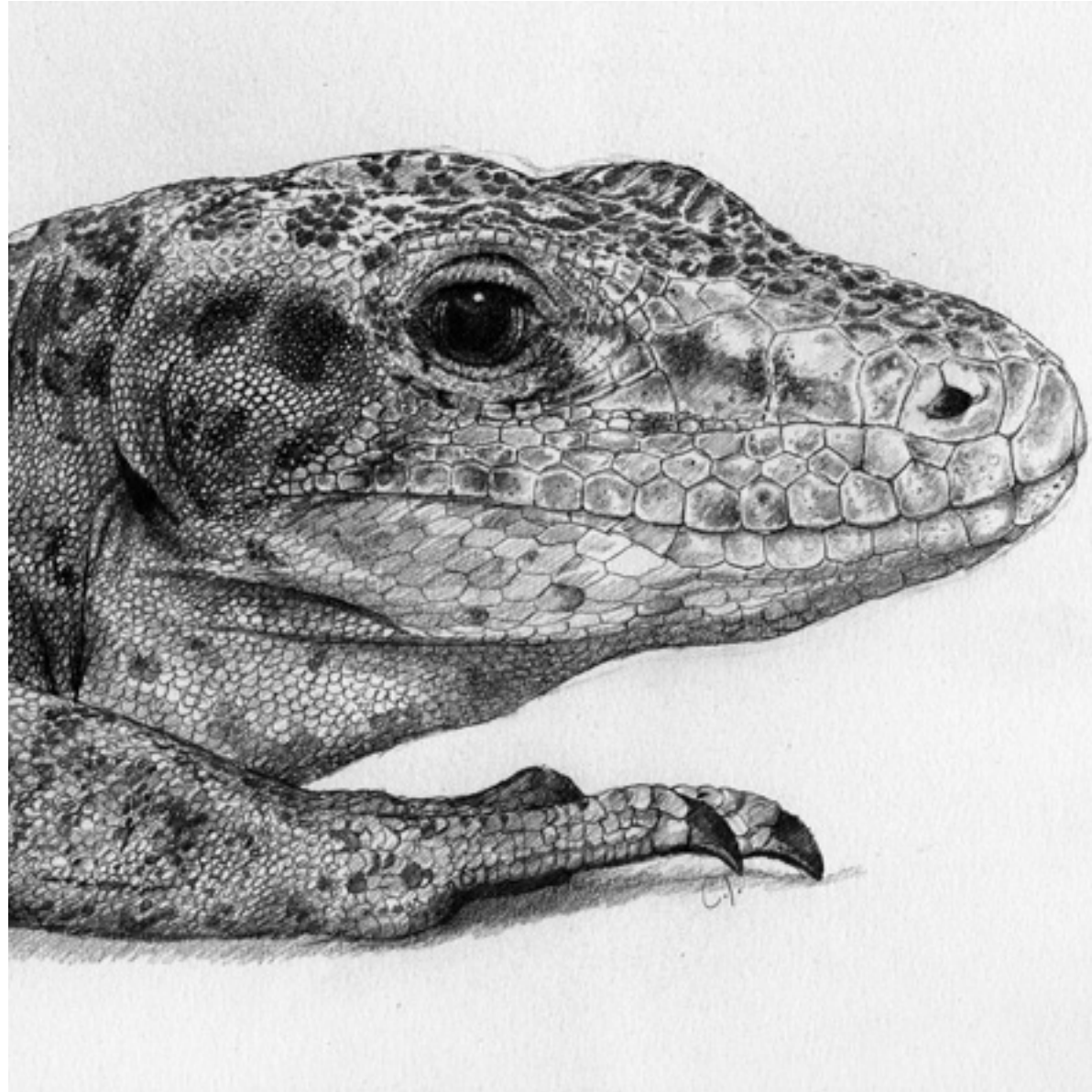
Salté sobre ella con intención de atraparla y

liberarla de las amarras que la torturaban y que en mi opinión ponían en peligro el futuro de esta hermosa familia. Extendí mis manos y cuando casi la tenía... desplegó un vuelo impecable, se elevó sin ninguna limitante, proyectando sus formas anátidas en el cielo, dejándome tirado en el pasto, agitado y profundamente desconcertado.

Rápidamente me senté en el suelo y traté de ubicar a los indefensos polluelos en el agua; en ese momento comprobé que habían desaparecido como por arte de magia; en algún recóndito y secreto rincón de los bordes de la charca, permanecían en silencio, intactos y a salvo.

En ese momento y tardíamente, comprendí lo sucedido, su madre les había dado tiempo para ocultarse, distrayéndome con un elaborado y fantástico truco de supervivencia.





Un Cazador de Sangre Fría

Una repentina llegada de los vientos del norte y un leve descenso de la temperatura en la Reserva Nacional Las Chinchillas, son la antesala de una nueva estación. Inevitablemente, el cálido verano retrocede para dar paso al otoño, que anuncia su llegada con suaves vientos danzantes, que esparcen las hojas caducas, tapizando el suelo reseco que aguarda en larga espera la esquivada lluvia invernal.

La quietud de los días grises se instala en el entorno de la pérgola, estimulando el recuerdo de la intensa actividad de la fauna silvestre durante el verano. En medio de estas rememoranzas, surge una de las imágenes infaltables en este lugar a la hora del calor en los días estivales. La imagen de la fascinante, “iguana chilena”.

Me parece verla meciendo su cuerpo de lado a lado, con pasos prehistóricos, vestida de gala con pechera naranja y su característico mosaico burdeo en el lomo, salpicado de negro y gris. Recuerdo que en esos días cálidos, una de estas iguanas me mostró una de sus más sorprendentes estrategias de caza...

Caminando por el suelo candente llegó hasta la sombra de un guayacán, se agazapó en el piso y comenzó a moldear la tierra suelta con el vientre hasta quedar semienterrada, luego empezó a echarse tierra en el lomo con sus extremidades, hasta casi desaparecer de la vista.

Una vez logrado el perfecto camuflaje, se quedó inmóvil en espera de alguna presa. Permaneció largo rato quieta, expectante, invisible, parecía no tener prisa, como si el tiempo no transcurriera, hasta que la repentina llegada de un zorro culpeo que paso trotando muy cerca de ella, puso fin al montaje, obligándola a desaparecer velozmente en una cueva cercana.

En ese momento, pude comprender cabalmente los entretelones de un acontecimiento narrado por los guardaparques, ocurrido hace algún tiempo, protagonizado por una iguana y una tenca, con un desenlace sorprendente y bastante mas dramático que lo que acabo de contar.

Trataré de recrear este suceso de la mejor manera posible, para dejar un testimonio escrito de este episodio y contribuir al conocimiento del inmenso potencial depredador de este reptil. Todo comenzó con algo muy interesante que ocurría a nivel del suelo, una nueva generación de hormigas aladas emergía desde las profundidades, aglomerándose en la salida de un hormiguero antes de emprender el vuelo

Los movimientos inaugurales de cientos de pequeñas alas transparentes, emitían destellos intermitentes al entrar en contacto con el sol, llamando la atención de una estilizada tenca que descendió volando hasta aterrizar sobre la multitudinaria reunión de hormigas. Una vez en tierra, la tenca se dedicó a caminar sobre las hormigas, pisoteando a los laboriosos insectos, lanzando picotazos para atraparlos y engullirlos uno tras otro, provocando una creciente agitación en la colonia de los formícidos.

Sorpresivamente, una iguana que se encontraba al lado de las hormigas y que había permanecido inmóvil e invisible a los ojos de la tenca se lanzó al ataque atrapando con sus mandíbulas, las patas de la sorprendida ave.

La asustada tenca, en una maniobra desesperada por escapar de las poderosas mandíbulas del reptil, intentó volar elevándose a poca altura del suelo, hasta el extremo de arrastrar a su captor toda la distancia que sus fuerzas se lo permitieron; luego cayó exhausta y en ese momento se invirtieron los papeles; ahora la iguana comenzó a retroceder arrastrando a la tenca con determinación, mientras el ave oponía resistencia tratando de aferrarse al suelo con sus alas extendidas, emitiendo a la vez ruidosos gritos de aflicción.

Cuando todo parecía perdido, la voluntariosa tenca sacó fuerzas de flaqueza y emprendió un vuelo forzoso,

levantando nuevamente a la iguana casi hasta despegarla del piso arrastrándola con dificultad una corta distancia. Pero inevitablemente una vez más cayó al suelo extremadamente agotada quedando a merced de su victimaria, en ese momento, la iguana volvió a retroceder sin pausa, llevando a su presa hasta la entrada de su madriguera en donde hizo un alto con claros signos de cansancio.

Una vez recuperado el aliento, el reptil entró retrocediendo en su madriguera tratando de llevar a su presa a la oscuridad de sus dominios. Sin embargo, en el último momento, en una desesperada maniobra de resistencia la infortunada tenca se aferró con sus alas abiertas a los bordes de la entrada, logrando posponer por un instante su inevitable destino.

Finalmente y luego de una pausa, se reanudaron los fuertes tirones que provenían desde el interior de la madriguera, doblegando toda resistencia. En ese momento la estilizada tenca, que un poco antes se había convertido en un momentáneo tormento para las hormigas aladas, desaparecía para siempre tragada por la tierra, víctima de una irrevocable sentencia de muerte.





Un Látigo Mortal

El prolongado silencio que reinaba en una bucólica tarde de fines de primavera, cerca del estacionamiento del sector Siete Tazas, Región del Maule, sólo era interrumpido por el grito inconfundible de una codorniz macho, que cumplía con dedicación a toda prueba su estratégico rol de vigía.

Ubicada a unos dos metros sobre el suelo, aferrada en la curvada rigidez de una rama de palo de yegua, era la responsable de la seguridad de toda la bandada; desde su privilegiada posición observaba a su alrededor e informaba a sus congéneres que no había peligro a la vista, mediante un fuerte e inconfundible sonido que repetía con cierto intervalo de tiempo.

Con este propósito, inundaba la apacible atmósfera pre cordillerana con su pintoresco sonido que emulaba cantos de aves tropicales. A primera vista parecía un ejemplar solitario; sin embargo, afinando el oído, se podía escuchar el rumor de la bandada, que avanzaba de tramo en tramo casi a ras de suelo entre la vegetación.

Sigilosamente se acercaban a una pequeña laguna, deslizándose bajo mosquetas y mutillas como sombras casi invisibles. Su presencia solamente era delatada por las suaves voces de su multitudinaria conversación, que a ratos se parecía al sonido provocado por cientos de goteras que aumentaban o disminuían su ritmo.

El hermoso macho lucía un prominente penacho sobre su cabeza, que se conjugaba con su cara negra delineada por un delgado y contrastante collar blanco, exhibiendo con aparente orgullo los colores de la madurez. Sin duda su aspecto evidenciaba la plenitud de su vida.

La bandada de codornices californianas compuesta mayoritariamente por hembras, se detuvo en actitud preventiva al llegar al borde de un claro. Algunos ejemplares avanzaban hasta el límite de los arbustos y cuando parecía que saldrían a campo abierto, en el último instante, se devolvían con nerviosismo buscando la protección de la maraña vegetal.

Por su parte, el vigía no cambiaba ni el tono ni el ritmo de su canto, informando a la plumífera infantería que no había peligros a la vista. Sin embargo, después de varios intentos y desplegando una estrategia de extrema precaución, comenzaron a cruzar de una a la vez. Sin duda esta estrategia hacía muy difícil que un depredador pudiera sorprender a la bandada completa.

Este interesante detalle me permitió comprender, en parte, el secreto de su éxito en este ambiente tan lejano de sus tierras originales... estaba presenciando entretelones de la vida cotidiana, de consagradas expertas en sobrevivencia.

Después de ver a numerosas codornices cruzar a su turno la zona despejada, corriendo con urgencia en busca de la seguridad de la vegetación del lado opuesto, pensé que esa sería la tónica en todo el proceso para llegar al borde del agua y saciar su sed. Sin embargo la numerosa bandada era portadora de un precioso y frágil tesoro.

De pronto observé que varias hembras emergieron simultáneamente de la vegetación y en vez de cruzar rápidamente como las anteriores, se abrieron y se ubicaron en lugares estratégicos del entorno inmediato. En ese momento, tres hembras comenzaron a cruzar lentamente el espacio abierto; avanzaban juntas, pero algunas se devolvían un tramo corto y luego retomaban el trayecto con sus alas semi abiertas.

Muy pronto descubrí los poderosos motivos de su extraño comportamiento. Más de una docena de pequeñísimos polluelos caminaban vacilantes al amparo de los adultos, siguiendo una ruta trazada con insuperable vocación protectora. En ese momento aumentaron los gritos ansiosos de los tíos y tías que cubrían los imberbes pasos de los

diminutos polluelos.

Las frágiles criaturas casi incapaces de caminar al ritmo que exigían las circunstancias, eran tan pequeñas que por momentos parecían haberse sometido a las remotas artes reductivas de ciertos aborígenes de otras latitudes.

En medio de este enorme despliegue de seguridad, los polluelos avanzaban sin contratiempos custodiados por su madre sus tías y tíos, cuando repentinamente algo completamente inesperado sobresaltó a los adultos y dispersó por todos lados a los pequeños párvulos, los que se alejaban a tropezones piando asustados.

Simultáneamente observé a una codorniz adulta caer de lado arrastrando un ala, mientras que otra giraba en círculos y atacaba a algo que permanecía amontonado en el suelo. A su vez el vigía llegó volando y se posó a baja altura, en una rama de roble sobre el lugar de los hechos, dando la voz de alarma en un desesperado y tardío intento de corregir su falta.

En ese momento de suspenso me acerqué al lugar para averiguar que sucedía... mi impresión en las primeras décimas de segundos, fue ver a una culebra enrollada que levantaba la cabeza y abría el hocico mostrando sus fauces rozadas mientras piaba repetidas veces.

Pero rápidamente comprendí que las pequeñas fauces y los gritos de angustia, pertenecían a un polluelo que era

inevitablemente engullido por la ondulante cazadora. El reptil, valiéndose de su infalible mimetismo, se las había arreglado para no ser detectado y burlando todas las medidas de seguridad, había logrado que las codornices pasaran con sus frágiles retoños sobre ella.

A corta distancia del voraz ofidio, la codorniz que simulaba estar herida para distraer al depredador y brindar una oportunidad de sobrevivencia a los polluelos, al darse cuenta que no lograba su objetivo o quizás por mi cercanía, se alejó del lugar volando a baja altura.

Mientras que la otra hembra más osada, posiblemente la madre de las crías, continuaba atacando valientemente al reptil, como si quisiera rescatar al polluelo. Por su parte la culebra, mientras era atacada, puso en práctica una conducta que nunca había observado en estos extraordinarios reptiles; comenzó a enrollarse al revés.

Manteniendo su presa en el hocico, enrolló todo su cuerpo sobre su cabeza dejando la parte más gruesa debajo y lo más delgado arriba, rematando el espiral con la punta de su cola. Luego se contrajo aún más hasta el extremo de temblar suavemente, como si estuviera sometida a un alto grado de tensión.

En ese momento cuando parecía que lo único que quería era ocultar su presa debajo de si misma... sorpresivamente

y a gran velocidad desenrolló su cuerpo como si se tratara de un lazo, lanzando toda su longitud hacia delante en un intento de envolver o asustar a la codorniz que la atacaba. Estuvo tan cerca de su objetivo, que la asustada ave después de perder algunas plumas en la embestida, escapó velozmente en resguardo de su propia vida.

En medio de mi expectación, gradualmente fui dimensionando la tremenda relevancia de lo que estaba observando, un formidable depredador autóctono controlando la creciente población de una especie introducida.

Al notar mi presencia, la sigilosa culebra se alejó silenciosamente y terminó de engullir a su presa, en la seguridad que le brindaba una tupida mancha de matas de mutilla. A corta distancia del lugar, las persistentes codornices llamaban a los polluelos sobrevivientes con un sonido muy particular y los reunían nuevamente para llevarlos a la laguna y obtener un vital y probablemente tranquilizador sorbo de agua.

Por mi parte yo no salía de mi asombro, después de ser testigo de este repentino acontecimiento, que me había permitido conocer interesantes detalles conductuales de las codornices y la implacable precisión de un verdadero látigo mortal.





Reina de La Noche

Noche profunda... era una noche especial, apenas podía ver el antiguo sendero en desuso, que se extendía difuso entre espinas de leoncillos y tupidas ramas de carbonillos, mientras subía por la ladera de exposición norte, en busca del misterioso reino de las chinchillas.

Provisto de una pequeña linterna, que mantenía la mayor parte del tiempo apagada, llegué hasta el corazón de sus dominios. Me quedé un instante inmóvil, buscando un primer contacto auditivo. La primera respuesta fue un silencio sepulcral que me conmovió hasta lo más profundo.

En ese momento tan emotivo, el silencio de la noche, inevitablemente, me transportó hacia episodios trágicos de la historia de la chinchilla. Imaginé que ese mismo silencio, prosiguió a la captura de las últimas chinchillas, en muchos rincones de su distribución original.

Hasta los más inaccesibles parajes de la montaña semiárida, llegó la trampa y la piedra implacable, a silenciar la voz de la chinchilla, el baqueteo y otros métodos violentos,

se hicieron presentes para arrancarlas de cuajo de sus cálidos refugios, despojándolas de su milenaria supremacía nocturna, apagando la luz de su vida, que desde tiempos inmemoriales, noche a noche, se concertaba con la luz de las estrellas.

Repentinamente, un sonido inconfundible puso fin a mi visión de la tragedia, un canto metálico llegó hasta mis oídos, como una esperanzadora noticia, sí, era el canto de una chinchilla que levantaba su voz sobre la brisa nocturna, para decirme que aun había esperanzas.

Si, después de todo, me encontraba en el último refugio de las chinchillas, y era testigo de un acontecimiento que muchas personas deberían presenciar, una chinchilla elevaba la voz en medio de la oscuridad, y otra le respondía a la distancia, en un diálogo entre sombras ancestrales que nos habla de un compromiso ineludible, para garantizar la sobrevivencia de esta irreemplazable, reina de la noche.





Un Amigo muy Especial

El mero, es todo un personaje de la pérgola en la Reserva de las Chinchillas; por más de ocho años es el infaltable comensal a la hora del almuerzo de los Guardaparques. Cuando nos instalamos en los mesones de la pérgola, puntualmente llega volando y, con pasmosa tranquilidad, se posa en la cubierta de la mesa, luego camina entre nosotros observando nuestros platos, como si estuviera eligiendo el menú.

Para los que no saben que es un mero, el mal llamado zorzal mero es un ave parecido a un zorzal, un poco mas grande, quizás algo mas tosco y a diferencia de este último, sus plumas son todas del mismo color, pardo grisáceas con tonos oliváceos; tiene estrías negras en la garganta y presenta hábitos alimenticios marcadamente carnívoros, puede llegar a comer lagartijas y otras aves pequeñas, puesto que posee una estructura mandibular mucho mas poderosa que la del zorzal. Los meros, son silenciosos y solitarios, generalmente es muy difícil verlos de cerca, son

esquivos y muy desconfiados

Sin embargo, nuestro mero es muy especial... hoy lo tengo a treinta centímetros de mí, está parado sobre la mesa, soy un privilegiado, puedo ver todos sus detalles, sus plumas, sus alas, sus patas levemente curvas y sus dedos graciosamente cortos, pero por sobre todo puedo ver sus ojos, puedo captar su mirada...

Me observa atentamente sin temor sin sobresaltos. Lentamente extendiendo mi mano hacia él y le ofrezco entre mis dedos un pequeño bocado; con un gesto casi de cortesía, se inclina hacia mí y come de mi mano, en ese momento siento en mis dedos el fugaz roce del extremo de su pico, cuando se apodera con entusiasmo del pequeño trozo de carne; inevitablemente me conmuevo con tan fantástico contacto.

Pero hay algo en el Mero que me cautiva cuando está tan cerca, su mirada... esa mirada que proyecta una mezcla de confianza e indiferencia, esa mirada que por momentos, parece ser portadora de un mensaje silencioso que nos revela fórmulas para una relación más amigable y más respetuosa con las demás criaturas vivientes.

En una ocasión en que llegó a compartir la mesa, nos pareció que tenía dificultades para tragar trozos

muy grandes de alimento, esta situación nos preocupó y llegamos a pensar que quizás la edad le estaba jugando en contra. Entonces nos dimos el trabajo de darle pequeñas porciones de comida, realmente nos alegró verlo recibir de nuestra mano los trozos de carne desmenuzada, que tragaba con suavidad y modales poco habituales en él.

Repentinamente y contra todos nuestros pronósticos, dejó de lado los cubiertos y el mantel y se lanzó en picada atrapando en sus fauces a una pequeña lagartija que había pasado inadvertida para nosotros, llevándola rápidamente sobre una piedra cercana, azotándola con fuerza sobre la pétrea dureza de su improvisada mesa, para luego engullirla entera, sin ningún refinamiento.

En otra oportunidad, mientras daba una charla introductoria a un grupo de escolares a la sombra de la pérgola, nuestro mero llegó a curiosear, lo que me brindó la posibilidad de presentárselo a los estudiantes y hablarles de sus hábitos y características. Aún cuando esto suele ser rutinario lo sorprendente vino después...

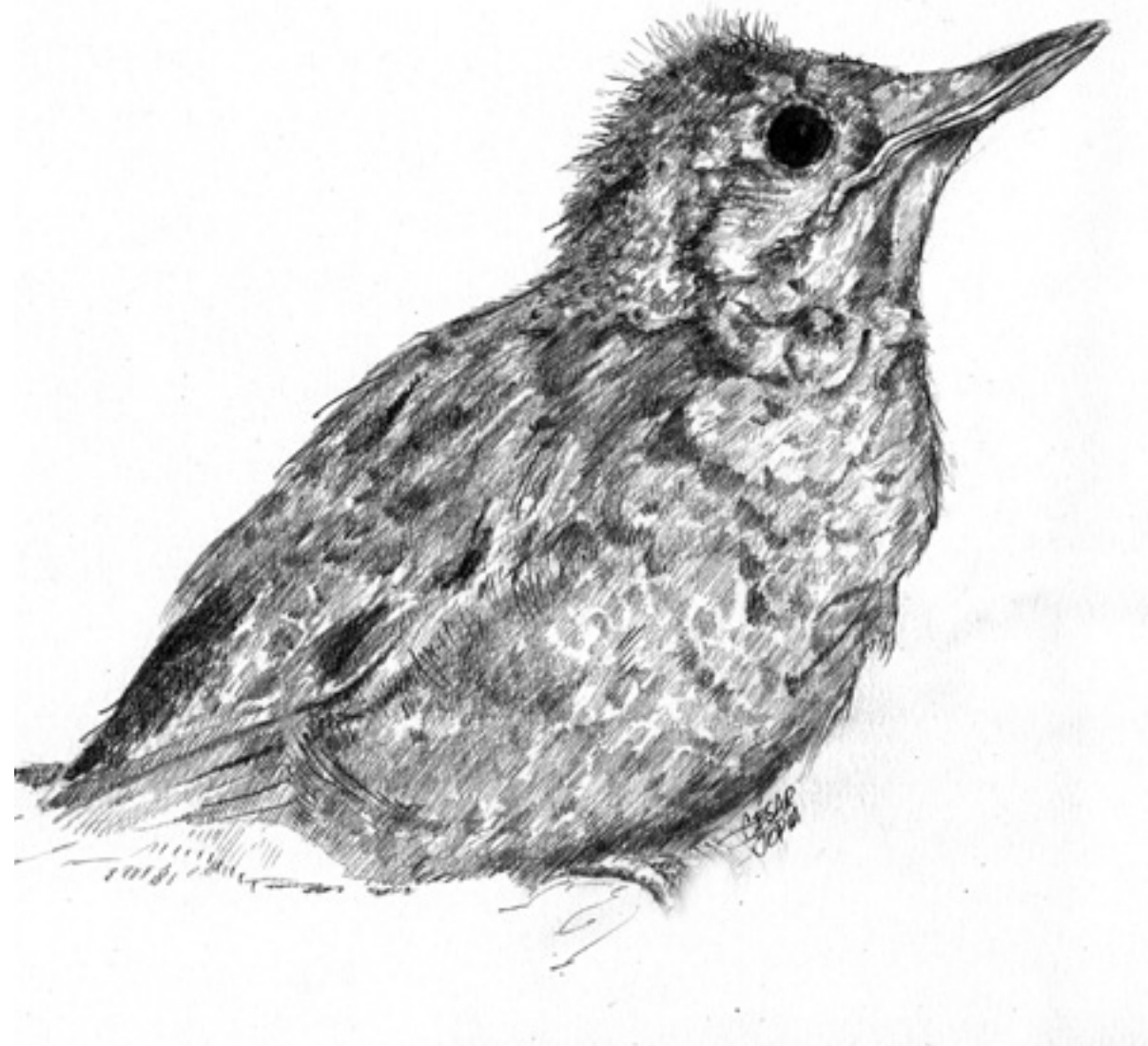
Grata fue mi sorpresa cuando al iniciar el recorrido con los escolares por un sendero aledaño, al llegar a la primera estación educativa, descubrí que el mero nos

esperaba posado sobre el primer cartel explicativo. Esto generó mucho revuelo entre los pequeños estudiantes, mientras nuestro amigo los observaba con interés.

En medio de las caritas de asombro de los niños retomamos el circuito en dirección a la próxima estación educativa, dejando a nuestro amigo posado en el letrero, aparentemente inmerso en sus misteriosos pensamientos.

Al llegar a la segunda estación adivinen que... ahí estaba el mero, posado en el segundo cartel explicativo. Y así sucesivamente nos acompañó de estación en estación, de cartel en cartel, otorgándole a esa actividad un matiz de aprendizaje anecdótico que esos niños llenos de asombro y descubrimiento, nunca olvidarán, tengo la certeza que permanecerá en su recuerdo ese inolvidable día en que visitaron el hogar de las chinchillas y los acompañó en el recorrido por el circuito, un amigo muy especial.





Vocación de Solitario

Un amigo muy especial, fue el título de un relato anterior sobre nuestro sorprendente amigo el mero, infaltable en la pérgola a la hora del almuerzo de los guardaparques, en la Reserva Nacional Las Chinchillas. Aunque siempre es novedoso observarlo desde tan cerca, un día que parecía cotidiano nos dio una tremenda sorpresa.

En los últimos días habíamos notado en él un comportamiento distinto de lo habitual; cada vez que recibía un pequeño trozo de comida, mientras lo sostenía en el pico, emitía un sonido parecido a un silbido corto (piik), miraba hacia algún punto distante de la pérgola y se alejaba volando en esa dirección llevándose el bocado.

Aunque siempre lo habíamos visto llevar trozos de comida para esconderlos entre los arbustos, como si los guardara para después, lo novedoso era el nuevo sonido que emitía considerando que normalmente es muy silencioso.

Intrigados por su comportamiento decidimos seguirlo, lo que nos permitió descubrir su celosamente guardado secreto. En medio de los rescos arbustos, tres hermosas crías que ya brincaban entre piedras y ramas, esperaban ansiosas el vital suministro de comida.

Al parecer, nuestro cuidadoso acercamiento hacia sus crías, lo motivó a levantar ciertas restricciones y en un gesto de absoluta confianza, en un par de días, llegó hasta las mesas de la pérgola acompañado de su pãrvula descendencia.

A partir de ese día la hora del almuerzo en la pérgola, se convirtió en una inmejorable oportunidad para apreciar detalles desconocidos de la rutina familiar de un zorzal mero y sus crías.

Mientras almorzábamos, puntualmente se instalaba con sus retoños en la mesa continua, luego volaba repetidas veces hacia nosotros, recibía comida de nuestras manos y se devolvía a la otra mesa alimentándolos por turno uno a uno, con dedicación y admirable esmero.

Rápidamente pudimos apreciar que las imberbes criaturas estimulaban al adulto para que los alimentara, emitiendo un sonido parecido a una constante súplica y agitando sus alitas con movimientos que resultaban, a toda vista, demasiado enternecedores.

Así, nuestro amigo muy especial iba y venía una y otra vez, entre nuestra mesa y la de sus crías, con una entrega maternal o paternal digna de admiración, movido por un impulso que a floraba desde lo más íntimo de su naturaleza, como si fuera víctima de un inevitable sortilegio en pos de la perpetuación de su especie.

En esos inolvidables días mientras alimentaba a sus crías, uno de los juveniles inexplicablemente se alejó, quedándose fuera del reparto de comida, lo que nos generó algún grado de preocupación

al pensar que podría debilitarse. Esto parecía no complicar a nuestro amigo, puesto que continuó alimentando a los dos restantes como si el tercero no existiera.

Hasta que por fin volvió el descarriado situándose al lado de sus hermanos, los que ya habían recibido varias porciones de comida, quedando en desventaja, lo que en nuestra opinión lo ponía en riesgo de sobrevivencia. Sin embargo, y para nuestra sorpresa, el recién llegado al banquete, fue atendido exclusivamente, recibiendo todas las dosis que le faltaban hasta quedar nivelado con sus hermanos.

Una vez que el polluelo recibió la misma dosis que los demás, cinco o seis porciones, el solícito mero adulto continuó alimentándolos a todos, cada uno a su turno. Esto nos pareció increíble, nuestro fantástico amigo parecía llevar la cuenta de lo que le había dado a cada uno.

Al pasar los días, nuestro mero cambió su táctica de alimentación, ya no todas las porciones de alimento iban directo a la garganta de sus crías, en ocasiones las dejaba caer a los pies de los juveniles para que se dieran el trabajo de recogerlas y luego engullirlas.

El aprendizaje de las crías, que ya volaban con bastante destreza, avanzaba tan rápido que en poco tiempo comenzaron a recibir alimento directamente de nosotros, por supuesto que no de nuestra mano como el adulto, pero atrapaban con facilidad los bocados que les lanzábamos desde la distancia.

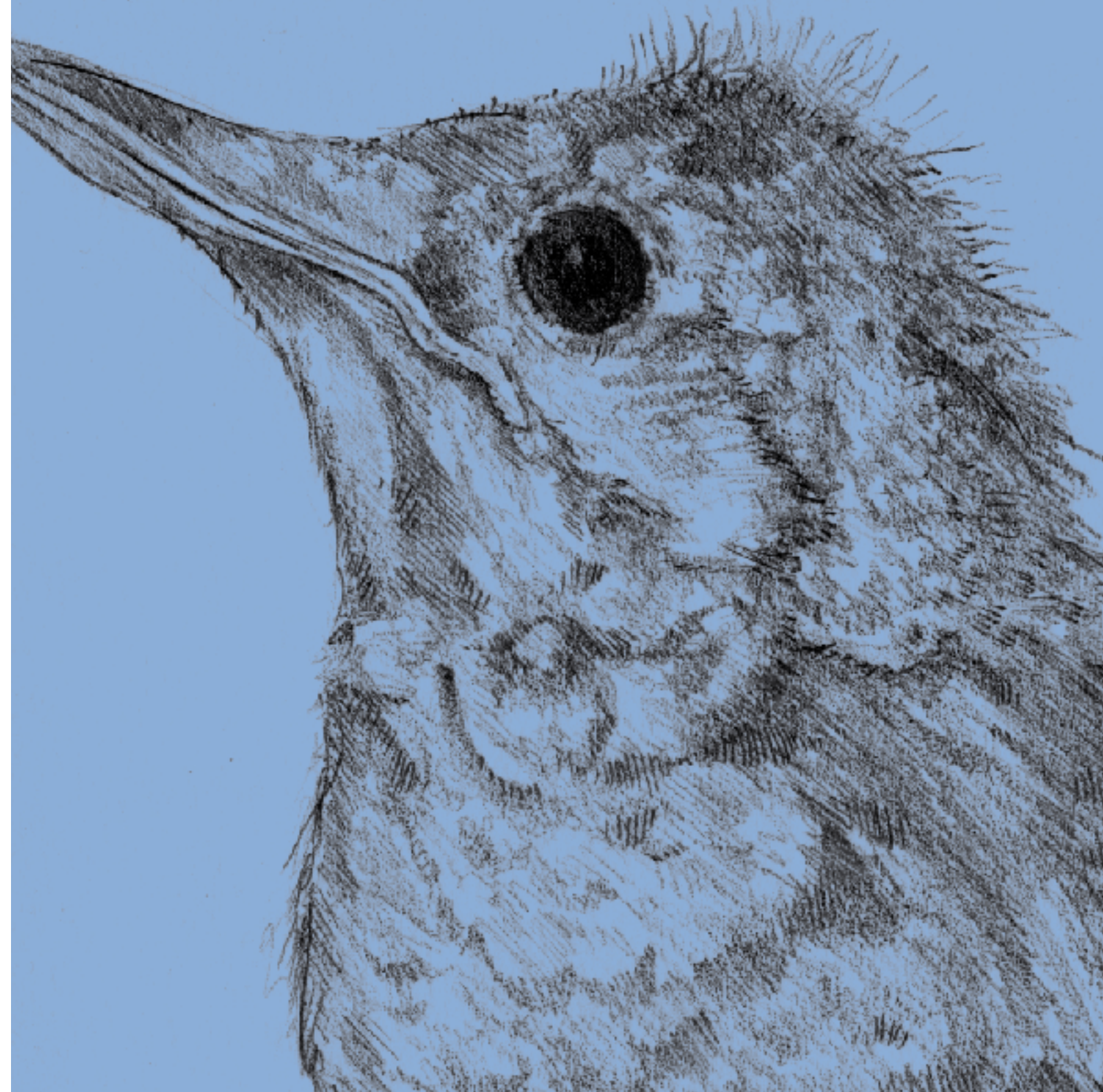
A pesar del enorme progreso de la nueva generación de meros,

estos continuaban pidiendo comida con insistencia al adulto y al parecer, a nuestro amigo le costaba resistirse a las demandas de sus consentidas crías, hasta que un día observamos un cambio drástico y sorprendente. Después de depositar la comida en sus ávidas fauces abiertas los agredía. Sí, aunque parezca increíble, los alimentaba y luego los agredía

Día a día esta práctica de alimentarlos y agredirlos fue en aumento, llegando a niveles dramáticos, hasta el extremo de obligarlos a alejarse momentáneamente del lugar. Al parecer, había un conflicto de impulsos contradictorios en nuestro amigo mero, por una parte, el instinto de protección hacia su descendencia y, por otra parte, el deseo que se independizaran y se alejaran para conservar su supremacía en el territorio.

La situación alcanzó ribetes dramáticos, cuando definitivamente dejó de alimentarlos y se dedicó a perseguirlos hasta el extremo de volar en círculos detrás de ellos alrededor de la pérgola. Uno a uno los juveniles, que se alimentaban solos y que ya tenían un aspecto muy parecido al de un adulto, desaparecieron del lugar buscando nuevos horizontes en donde establecer su propio territorio.

Finalmente en relación a nuestro amigo muy especial, las cosas volvieron a la normalidad en la pérgola de las Chinchillas. El mero continúa llegando puntualmente a la hora de comer como si ya no recordara que alguna vez tuvo tres hermosas crías, asumiendo quizás, una irreversible vocación de solitario.





Una Inquietante pregunta

Sin duda el jueves cuatro de junio de 2015 fue un día muy especial, fue uno de esos pocos días en que grandes circunstancias personales se dieron cita en una jornada memorable.

En un lluvioso amanecer un grupo de guardaparques administradores de unidades de casi todo el país, nos dirigimos al embarcadero del río Calle Calle en la ciudad de Valdivia, para abordar una embarcación que nos llevaría navegando hasta el hogar de los cisnes de cuello negro en el río Cruces.

Participar en esa actividad de capacitación programada por Conaf, era para mí un enorme privilegio. El reencuentro con antiguos amigos y compañeros en las lides de la conservación, tenía una carga emocional muy especial, que se complementaba con la oportunidad de conocer a nuevos integrantes que evidentemente suman fuerzas y energía renovada a este grupo humano.

Sin embargo, el cumpleaños de una de mis nietas ese mismo día, y mi nueva e inevitable ausencia, otorgaban a mi ánimo un rasgo de contención, pero en fin, los Guardaparques estamos curtidors con estas vicisitudes familiares inherentes a este amado trabajo.

Por otra parte, la proximidad de un encuentro directo con los sobrevivientes de cuello negro en su frágil reducto lacustre, me sustraía de esta contingencia familiar y abría una ventana de expectación en los entretelones del viaje.

En poco tiempo dejamos atrás la ciudad y remontamos el río Cruces acompañados de una lluvia intermitente. En algunos tramos del curso fluvial los árboles de la orilla desaparecían en la bruma y luego reaparecían delineando un paisaje sobrecogedor.

Una solitaria huala, ave de la familia de los zambullidores, se cruzó en la ruta de la embarcación nadando expectante como si quisiera darnos la bienvenida. Muy atenta a nuestra presencia con su cabeza en alto y su largo cuello cubierto de plumas enrojecidas, avanzó sobre la superficie del agua y luego desapareció casi por arte de magia, sumergiéndose en las profundidades, optando por un impredecible rumbo subacuático.

Más adelante en un tramo del río en que la vegetación palustre se hacía más frecuente, dos blancas siluetas casi fantasmales emergieron desde los grises matices del paisaje invernal; una pareja de cisnes de cuello negro nadaban muy cerca de la embarcación capturando nuestras miradas con la albura de su plumaje y la elegancia de sus formas anátidas.

Inevitablemente sus impresionantes dimensiones y su característica belleza provocaron en mí un sentimiento de admiración y entusiasmo. Pero eso no era todo; un pequeño grupo de cisnes se dejó ver a un

costado del catamarán nadando presurosos y desplegando sus alas en un desesperado intento por remontar el vuelo, para mantener una prudente distancia de nosotros.

Su temor me pareció absolutamente justificado, después de todo, hace apenas una década los humanos estuvimos a punto de aniquilar a la más importante población de cisnes de cuello negro que quedaban en el país y que habían logrado sobrevivir en el Santuario de La Naturaleza de Río Cruces (Carlos Anwandter).

Al paso de nuestra embarcación aparecieron varios grupos de cisnes que invariablemente se alejaban manteniendo una distancia prudente. Al tratar de comprender esta reacción y practicando el ejercicio de ponerme en su lugar, comprendí que desde el punto de vista de su instinto de sobrevivencia, somos un peligroso enigma sin resolver.

Me pareció que el lamentable episodio en que los desechos tóxicos de una nuestra industria forestal contaminaron sus aguas provocando la muerte masiva de estas hermosas aves, se transmitió a la memoria de sus descendientes, los que de alguna manera presienten que nada bueno les depara nuestra cercanía.

Mientras los observaba alejarse despavoridos, un raro sentimiento de culpa y una creciente incertidumbre sobre sus posibilidades de sobrevivencia se apoderaron de mí, sin embargo un solitario cisne que desafiando la gravedad remontó el vuelo extendiendo sus alas al viento y a la lluvia, me trajo una nota de optimismo y me devolvió

las esperanzas

Luego de sobreponerme al derrotismo, una imagen que parecía de sueños se desplegó ante mi vista, en medio de una tregua de la lluvia, docenas de cisnes nadaban en un claro de las aguas, entre totorales; el negro intenso de sus cuellos se contrastaba con el blanco immaculado de su plumaje, pero ambos colores al conjugarse con los grises de fondo, daban forma a una singular policromía en el paisaje.

Repentinamente mientras los observaba, se vino a mi mente la sugestiva descripción que hizo sobre estas aves el gran poeta Neruda... "Una gran pregunta negra sobre la nieve natatoria". A partir de ese momento comencé a ver en el agua docenas de interrogantes... ¿Nos permitirán sobrevivir?, parecían preguntarme.

Sinceramente sentí no tener la respuesta. Aunque conocí en el terreno las medidas que por mandato del tribunal se han tomado para que un daño semejante no vuelva a ocurrir, no estoy tan seguro de que estas sean una garantía de que en el futuro no se vuelva a atentar contra los cisnes de cuello negro de Río Cruces y su entorno.

Esta amenaza seguirá latente mientras no exista un verdadero cambio de paradigmas entre la industria forestal y el ambiente natural. Por este motivo las armoniosas líneas del negro y contrastante cuello de los cisnes de río Cruces, continuarán constituyéndose para mí en una inquietante pregunta.





El Momento de Morir

En la primicia de una noche cotidiana lo trajeron hasta la puerta de mi hogar, en la Reserva Nacional Lago Peñuelas, para que viera la posibilidad de tratar la herida que lo afectaba. Me lo entregaron dentro de un saco que a primera vista me impedía verlo, no sin antes advertirme que tomara precauciones porque era muy agresivo.

En cuanto nos quedamos solos, me apuré en desatar el nudo que sellaba la bolsa, obstruyendo el aire que sus agitados pulmones requerían con urgencia. Con suavidad levanté el saco por el lado opuesto a la abertura, para inducirlo a salir de su incómodo envoltorio. En breve, apareció ante mí todo un personaje... esquivo, desconfiado, amparado en una actitud belicosa, como si quisiera ocultar su profundo temor ante tan desafortunadas circunstancias.

Era un hermoso ejemplar de búho chileno, conocido comúnmente como tucúquere, para los especialistas un *Bubo virginianus magellanicus*, para mí, simplemente una criatura maravillosa. Por un instante nos observamos mutuamente; ante el menor de mis movimientos erizaba el plumaje

abriendo las alas en actitud amenazante, mientras emitía simultáneamente un sonido de advertencia, parecido a un golpeteo producido por sus córneas mandíbulas.

Fue entonces cuando pude ver la tremenda herida que lo atormentaba. Una fractura expuesta en una de sus alas, mostraba un hueso que colgaba absolutamente fuera de su posición, lo que me permitió dimensionar la gravedad de su situación. Sin embargo, la enorme herida parecía no socavar la voluntad ni el poderoso instinto de sobrevivencia de este formidable señor de la noche.

Caminé lentamente, describiendo un círculo a su alrededor para probar su grado de alerta y su estado anímico. A medida que avanzaba en su contorno, me seguía con su penetrante mirada, girando la cabeza con extraordinaria plasticidad. Entonces pude apreciar una característica muy propia de los rapaces nocturnos, sus globos oculares fijos que les impide dirigir la vista sin mover la cabeza.

No era primera vez que me encontraba frente a frente, con una de estas criaturas nocturnas; sin embargo, una vez más me sentí hipnotizado por el influjo inenarrable de su mirada. Pero esa noche no podía hacer nada por él. Necesariamente había que esperar la llegada del día para conseguir los elementos adecuados, e intentar volver el hueso a su posición normal y cerrar la herida, descartando de antemano toda opción de

que volviera a volar.

A fin de evitarle un estrés mayor decidí dejarlo libre dentro de la casa. Durante la noche pude percibir desde mi dormitorio, el intenso ajetreo que emprendió mi inesperado huésped. A juzgar por sus movimientos parecía que había volcado todo su interés en inspeccionar la vivienda. Amparado por la oscuridad, se paseó por casi toda la casa, impulsado por la misteriosa naturaleza de su ser, delatado por el sonido inconfundible de sus garras no diseñadas para caminar sobre el piso de madera. En una de sus andanzas, lo escuché acercarse por el pasillo hasta la entrada de mi dormitorio, se detuvo por un instante al otro lado de la puerta, y emitió su sonido característico... TU - CUUU - QUEE - REEEE.... canto fascinante propio de la noche, evocador de los más insondables capítulos que tejen la trama de la vida nocturna.

Al llegar el día, mi primera preocupación fue ubicar a mi desvelado compañero. Después de varios intentos, lo encontré oculto detrás de una puerta... dormía confiado en la precaria intimidad de su improvisado escondite. Su aspecto era algo distinto al de la noche anterior, parecía sumido en el más profundo de los sueños...

Me quedé maravillado observando sus características físicas, un prodigio de la naturaleza, una magnífica expresión de adaptación evolutiva; sus poderosas garras están

diseñadas para matar al instante a su presa, lo que sin dudas, es muy ventajoso para un cazador que no está hecho para la persecución. Sin embargo, esas enormes garras podrían resultar muy ruidosas al moverse sobre la rama que lo sustenta, cuando espía desde lo alto los movimientos de su presa en el piso del bosque, afectando el factor sorpresa, que es decisivo para su éxito.

Por este motivo, está dotado de la capacidad de girar la cabeza hasta tres cuartos de círculo, lo que le permite seguir la trayectoria de su presa, guiado por su formidable oído y apoyado por su visión nocturna sin tener que mover sus garras. Además es capaz de lanzarse sobre su objetivo sin emitir ni el más mínimo ruido, puesto que las plumas de sus alas están diseñadas de tal forma que evitan el roce con el aire, logrando un salto completamente silencioso.

Mientras lo observaba detenidamente, no podía dejar de sentir una profunda admiración por ese señor de la noche, que cuando llega el ocaso del día, cuando las sombras de la noche se ciernen sobre el paisaje... cobra vida para cumplir con indiscutible maestría, el papel que le depara la jornada cada vez que la noche cubre con su extenso manto, todos los rincones conocidos de su hogar.

Al día siguiente, pareció responder muy bien a la improvisada cirugía que se le practicó. Gradualmente despertó de la

anestesia y se puso de pie, desplegando una admirable fuerza interior. Realmente era muy esperanzador ver su ala entablillada, sin ese inquietante hueso a la vista.

Durante ese día, estuvo adormilado y era difícil saber si se debía a los efectos de la anestesia o por sus hábitos nocturnos pero al llegar la noche se mostró bastante activo y recibió con entusiasmo algunos trozos de carne dando señales de un saludable apetito y nuevamente distrajo mi atención con sus reiterados paseos nocturnos por el interior de la casa.

Cada mañana se había convertido en una entretenida rutina para mí, descubrir el nuevo escondite de mi noctámbulo huésped. El tercer día una vez más lo encontré profundamente dormido. Su plumaje pardo acanelado salpicado, de difusas formas negruzcas, diseñado para mimetizarlo en su ambiente natural, se destacaba contra las formas artificiales de su nuevo refugio.

Después de contemplarlo un instante lo dejé dormir, para permitir que en sueños escapara de su triste realidad, soñando quizás que se encontraba en casa, sobre la rama acostumbrada en la seguridad de ese árbol que nunca lo vio regresar.

Sin embargo, al llegar la noche no llegaron hasta mis oídos los ruidos que producía cuando iniciaba sus correrías por la casa. Cuando lo vi confirmé mis temores, permanecía inmóvil

visiblemente decaído y parecía que toda su fuerza vital lo abandonaba irremediablemente; de inmediato percibí la gravedad de su situación.

El gran cazador, el señor de la noche, agonizaba rodeado de un ambiente completamente desconocido para él, sin otro horizonte que los muros de la construcción, lejos de la suave y húmeda brisa que empapa las noches de su mundo salvaje

Permanecí a su lado, convirtiéndome en testigo de su trágico desenlace; en un breve lapso de tiempo lo abandonó toda esencia vital, poco a poco su cuerpo se aflojó atraído por la fuerza gravitacional, hasta quedar tendido en el piso en una posición inerte que indicaba que nada más se podía hacer por su existencia.

Las causas específicas de su muerte no las puedo precisar, pudo ser un cuadro infeccioso pos operatorio o quizás un alto grado de estrés, eso nunca lo sabré; sólo puedo decir que le presté todo el apoyo que estuvo a mi alcance y que al final de este difícil proceso; estuve con él en uno de los instantes más difíciles y misteriosos para una criatura viviente... el momento de morir.





Colección:

Educación para la Conservación
CONTANDO HISTORIAS



CORPORACION NACIONAL FORESTAL
Gerencia de Áreas Silvestres Protegidas
Departamento de Conservación de la Diversidad Biológica

